

DANIEL PORTILLO



NECESITABA RESPUESTAS. ENCONTRÓ



**EQUIDIS**



ÉQUIDIS



# EQUIDIS

DANIEL PORTILLO

© Daniel Portillo, 2021

ISBN: 978-84-09-36011-6

Edición y corrección: Letropía

Diseño de cubierta: Arash Jahani

Diseño del logo: Daniel Portillo

Maquetación: Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Jackie, porque hoy es un buen día para sonreír juntos.

Dedicado a dos de las estrellas de mi firmamento:  
Carmen Reinón y Pietro Bracuto.

Para Raúl Arranz, Gábor Endrenyi y Miguel López,  
que me ayudaron a flotar cuando sentía que me hundía,  
abrazándome con su amistad.



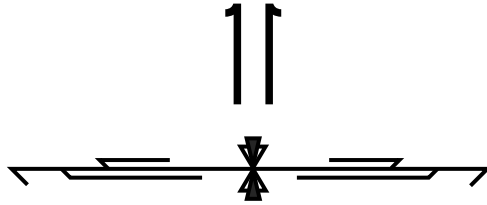


Confía en tu corazón  
si se incendian los mares  
(Y vive por amor  
aunque las estrellas caminen de espaldas).

Honra el pasado  
pero saluda al futuro  
(y sacúdete la muerte  
Bailando en esta unión nupcial).

*En busca de sueños, E. E. Cummings*





Me cuesta aceptar que estamos terminando. Prefiero dejarme llevar por cada una de mis sensaciones, consciente de que soy muy afortunado de poder estar aquí. Apuro cada instante del que, sin duda, es el único momento del día que merece la pena, deseando con todas mis fuerzas que pudiera durar para siempre. Absorto en un fluir pleno y placentero, apenas percibo en un segundo plano cómo Marta acerca su mano a nuestro atril y pasa la página en una caricia tan sutil como certera. Me aferro a los últimos compases de Mahler, escuchando cada sonido de nuestra orquesta como un condenado a muerte rendiría en el paladar el sabor de su último bocado. Disfruto envuelto por una rica amalgama de timbres y armonías que me recuerdan que participo en la construcción de una obra colosal. La Sinfonía n.º 2, *Resurrección*, del compositor Gustav Mahler, es el bálsamo que mi espíritu necesita. Ya tuvimos la suerte de interpretarla hace un par de años. Igual que ahora, nos dirigía nuestro director titular, el británico Martin Greenaway. También era verano, y la Orquesta Nacional de España realizaba una gira de conciertos por Centroeuropa. Para mí todo resultaba nuevo y emocionante: mi primera gira, mis primeras semanas en la orquesta y mi primer trabajo importante. Yo me esforzaba por encajar lo antes posible en el engranaje de una orquesta profesional. Naturalmente, dominaba mi violín, por eso había conseguido acceder a la orquesta, pero eso no bastaba. Necesitaba

aprender el oficio, dominar los entresijos de la profesión. Como no quería parecer un novato, me esforzaba por disimular mientras seguía aprendiendo, camuflándome como un camaleón que quisiera evitar a sus posibles depredadores. Durante la gira, fui conociendo a mis compañeros. Nada como compartir tiempo fuera de casa para empezar a conocer de verdad a alguien. No tardé en comprender que, para bien o para mal, la orquesta es una gran familia en la que la comprensión, la generosidad y la grandeza conviven con los celos, las envidias, el egoísmo y la soberbia.

Yo había logrado ingresar en la Orquesta Nacional superando unas durísimas audiciones en las que muchos aspirantes de gran nivel llegados de todo el mundo competíamos por una sola plaza. Solo había una oportunidad. Después de terminar con brillantez, apenas dos años antes, mis estudios en el Conservatorio Superior de Música de París, no paraba de hacer colaboraciones con orquestas, conciertos de música de cámara y todo tipo de bolos. Tenía mucha hambre de música y vivía siempre al acecho de nuevas oportunidades. Sabía que tenía talento y tenía las cosas claras: quería triunfar en ese mundo.

El día de las pruebas de ingreso a la orquesta la tensión en el ambiente se hacía insoportable, con todos aquellos brillantes músicos compitiendo por cumplir un mismo sueño y, al mismo tiempo, arrebatar esa posibilidad a los demás. El Auditorio Nacional de Música de Madrid resultaba aún más grande, más vacío y más imponente que de costumbre. Reconozco que tocar con un violín Stradivarius supuso una ventaja: es una pieza única capaz de convertir tus deseos en arte y de impulsar tu interpretación hasta lugares que apenas podías soñar. El violín no era mío; había llegado a mí años atrás, siendo un niño, en una de esas carambolas caprichosas de la vida. Como en una película que uno no acaba de creerse, aquella joya centenaria había aparecido en mi vida, por medio de un benefactor, el mismo año que había perdido en accidente de tráfico a quienes más quería: mis

padres. Resultaba raro, casi antinatural, ver a un niño de solo doce años tocar aquella maravilla del diseño.

En las audiciones de ingreso, el Stradivarius me ayudó a desplegar todo mi talento y a sacar todo el partido a mi interpretación. Una vez que empecé a tocar me dejé llevar, fluí sin miedo a mostrarme yo mismo, sintiendo que mi interpretación era compacta y sincera. No había ni rastro de los nervios previos. Al terminar, miré a los ojos a cada uno de los miembros del tribunal. Eran cinco, y yo no conocía a ninguno de ellos, pero me fijé en especial en Greenaway, tal vez porque lo había visto en internet y en la prensa, y su rostro me resultaba familiar. Entonces descifré su expresión y supe que le había gustado, que me iba a elegir. Es increíble lo que uno puede llegar a comprender cuando se atreve a mirar sin miedo a los ojos de otra persona. El maestro se acercó a mí, me felicitó en voz baja y, apoyando por un momento su mano sobre mi hombro, me dijo que acababa de emocionarse escuchando a un violinista sincero, comprometido con el arte. Horas más tarde, leí mi nombre en el tablón de anuncios y mi alegría fue indescriptible. Formaba parte de la Orquesta Nacional. Había logrado mi sueño.

El maestro había empezado su contrato en la orquesta solo unas semanas antes, así que podía decirse que llevábamos carreras paralelas. Yo me veía como su primer fichaje, y eso me otorgaba un extra de confianza dentro de la institución.

Martin Greenaway llena su expresión y sus movimientos de energía y pasión y nos los proyecta a toda la orquesta. La percusión refuerza solemnemente los compases finales de la sinfonía. Mahler suena apoteósico.

Nuestro director permanece inmóvil, petrificado por unos instantes, reforzando el silencio final, que por un momento se hace eterno. Greenaway esboza una sonrisa sincera, que transmite satisfacción

y alegría, y golpea repetidamente el atril con su batuta haciéndolo tintinear. Los músicos de la orquesta, por nuestra parte, aplaudimos.

—¡Bravo! Buen trabajo, aunque todavía faltan cosas. *Nevermind*. Ha sido un gran ensayo. *Very good*. Les espero mañana con energías renovadas. *Thank you very much*.

El maestro es todo un *gentleman*. Su talento no se le ha subido ni una pizca a la cabeza, a pesar de su juventud y el gran éxito que ya cosecha. Ha logrado que toda la profesión y la crítica se rindan a sus pies. Es raro el mes que no lo entrevistan en algún periódico, en alguna revista importante, en la radio o en la televisión, de España o incluso de otros países. Como no puede ser de otra forma, el público también lo adora. No solo es un grandísimo director, sino una persona amable y cercana. No hay duda de que Martin Greenaway disfruta de un éxito bien merecido. He conocido a pocos músicos con tanto talento. Es capaz de escuchar cualquier sonido en medio de la gran masa orquestal, dispone de una paleta infinita de matices que sabe transmitir generosamente a la orquesta, conoce el repertorio más que al detalle y, sobre todo, tiene la capacidad de guiar a la orquesta a su antojo para lograr la interpretación que tiene en su mente. Greenaway se acerca a cada partitura sin prejuicios, como si fuera un investigador o un descubridor, y al mismo tiempo parece conocerla mejor que el mismísimo compositor. Nadie duda de que el inglés se hace todopoderoso en el podio, magnetizándonos sin esfuerzo con su batuta y contagiando a la orquesta de su energía. Lo que todos nos preguntamos —y nadie sabe contestar con certeza— es por qué sigue en Madrid. A sus veintiocho años ya ha sido tentado por varias de las agrupaciones más prestigiosas del mundo. Renunció a una prometedora carrera en Berlín, Viena, Chicago e incluso Londres, su ciudad natal. Y ¿por qué? Es una excelente pregunta que me suelo hacer a menudo.

Martin Greenaway da un pequeño salto casi acrobático para bajar del podio y nos lanza un último saludo cercano a la reverencia, con cierto aire cómico, para confirmar su despedida. La orquesta ríe y aplaude. Sin duda, sabe cómo ganarse a los músicos y hacerse querer y respetar. Ha logrado algo memorable con nuestra agrupación, consiguiendo despertar lo mejor de cada uno de nosotros como intérpretes. He oído muchas veces hablar sobre cómo sonaba la orquesta antes de llegar él y del ambiente tan hostil que se respiraba. Todos sabemos de sobra que es, con diferencia, el mejor director al que podemos aspirar, e intentamos estar a la altura y aprovechar su presencia.

Greenaway se gira desde el escenario y busca la mirada de Eva como quien espera su merecido premio tras saber que ha cumplido con su deber. Ella se levanta de su asiento, atenta a su llegada. Solo tiene ojos para él. No ha dejado de contemplarle durante todo el ensayo. O es una excelente actriz o está perdidamente enamorada. Juraría que ambas cosas. Su belleza y la armonía de sus movimientos, su sonrisa y su saber estar la hacen muy carismática. Es una Audrey Hepburn moderna, de cabello y piel oscura. El maestro se aproxima a ella con elegancia. Se miran, hablan, se ríen juntos, se vuelven a mirar, reducen la distancia entre ellos, juntan sus manos y acaban besándose con cierta contención. Después de todo, media orquesta los observa. Eva debe ser el motivo por el que Greenaway sigue en Madrid.

—¡Ángel, Ángel! —exclama Marta interponiendo la palma de su mano en movimiento sobre mi visión. Me giro hacia ella. Estamos recogiendo nuestras cosas, guardando los instrumentos en la rutina final tras el ensayo—. Despierta, estás embobado. —Hay un leve tono de reproche en ella que identifico con claridad, como cuando noto que las cuerdas de mi violín no están del todo afinadas.

—Sí, sí, es verdad, se me ha ido la cabeza por un momento. Soñaba despierto —consigo decir para salir del paso y que, al mismo tiempo, ella no me pregunte más.

—No voy a preguntarte lo que soñabas —replica cabeceando y sonriendo a la vez, como si estuviera hablando con un caso perdido.

Trato de recordar cuando mi ahora compañera de atril, antes compañera de estudios, me miraba de la misma manera que Eva contempla a Greenaway. Me cuesta, y noto que mi mente se colapsa al intentar pensar en cómo la miraba yo a ella.

—Adiós, Marta, hasta mañana. —Mi compañera alza su mirada penetrante y diáfana. Sus ojos verdes y su piel clara y delicada me recuerdan que hay personas que no parecen reales, sino esculpidas por nuestros propios sueños.

—Hasta mañana —contesta manteniendo su atención más tiempo de lo normal, con gesto analítico. Me observa con curiosidad, como si tratara de entender todo lo que se le ha escapado durante estos años. Pero noto bondad y cariño en ella. Me dirijo a la salida, despidiéndome sin mucho interés de algunos compañeros.

—Ángel, vendrás a mi fiesta, ¿no? —Veo una mirada pícaro y una sonrisa de actor secundario de Hollywood. Es Toni, el solista de trompeta.

—Sí..., sí... ¿Cuándo era? —pregunto con la intención de quitármelo de encima. No dejo de sorprenderme de que mis compañeros todavía me inviten a fiestas después de llevar casi dos años sin aparecer por ningún acto social, esgrimiendo todo tipo de excusas inverosímiles. Al principio, asistí a algunas, y también a comidas y reuniones, pero solo lo hacía de compromiso. Luego, poco a poco, dejé de ir, porque cada vez me costaba más. No era que estuviera mal con ellos, sino que yo no estaba bien.

—El domingo, tío, que no estás a lo que estás... —responde, y suelta una breve pero potente y nerviosa carcajada a la vez que niega con la cabeza y me mira con cierta apatía—. Tanta música te va a matar..., ya verás..., vas a morir de aburrimiento y ese Stradivarius te va a enterrar. —Me pone la mano en el hombro—. Pero tranquilo: los metales iremos a tu entierro a alegrar un poco tu memoria.



Pondremos algo de épica en tu muerte, ya que tú no consigues ponerla en tu vida.

—Bueno, de algo hay que morir. —Los dos volvemos a reír con fuerza—. Allí estaré.

Toni no me cae mal y al mismo tiempo me desconcierta. Me siento juzgado por él. Es como si su personalidad absorbiera todo el espacio que hay entre nosotros, lo cual llega en algún momento a incomodarme. Se vuelve a acercar a mí y me coge del hombro, rodeándome con su brazo, como si fuera a compartir un importante secreto conmigo.

—Ángel, me caes bien, pero estás muy raro, tío. ¿Se puede saber qué mierda te pasa? Eres un tío inteligente, guapete, divertido... Tocas de puta madre. Sabes que la mitad de las tías de esta orquesta se irían a la cama contigo sin pensarlo, pero estás en la mierda, tío. ¿Qué cojones te pasa?

Sonríó forzosamente y le doy una palmadita en la espalda a modo de despedida antes de intervenir.

—Estoy bien, no te preocupes. Nos vemos en tu fiesta. Está hecho —le digo señalándole con el dedo, intentando sonar motivado y convincente. Toni repite mi gesto y me guiña el ojo. Parece contentarse con mi respuesta.

Abandono el escenario y me dirijo hacia la salida. Me preparo para enfrentarme al desolador camino de vuelta a mi apartamento. Soy consciente de que todo cambia cuando atravieso estas puertas y me enfrento a la hostilidad de la calle, volviéndome insignificante. Comienza entonces una nueva sinfonía para mí: un calvario de agonia y malestar; quince minutos frente al abismo.

—¡¡Ángel!! ¡Espera! Han dejado algo para ti. —Uno de los bedeles se acerca desde el mostrador y me entrega un sobre.

—¿Para mí? Gracias.

La carta tiene un tacto sedoso muy agradable. Está lacrada, con un emblema de color verde profundo y un diseño atemporal que parece

antiguo y moderno a la vez. La abro con cierto recelo, como si en el fondo intuyera que no es para mí. No estoy acostumbrado a recibir cartas tan lujosas, y en el auditorio apenas he recibido correspondencia, más allá de alguna publicidad. El sobre ha captado toda mi curiosidad. Lo abro. Desdoble el folio. Me encuentro con el mismo emblema verdoso en la parte superior y con un texto extraño que no consigo descifrar. Ni siquiera tengo la menor idea de en qué idioma puede estar escrito. Además, la vista me empieza a fallar. Veo las letras temblar. Todo empieza a estar borroso, como si la tinta tuviera vida propia y las letras bailaran una danza macabra ante mis ojos. Debo estar mareándome, anticipando lo que me espera al salir del auditorio.

—¡Ángel, espera! —escucho de nuevo, pero esta vez es Greenaway, alzando su brazo y cruzando a paso rápido el amplio vestíbulo en mi búsqueda. Parece intranquilo. Se ha dejado a Eva atrás—. Esa carta... es para mí —dice sonriendo y alargando su brazo. Asiento y miro de nuevo el sobre extraño. ¡Cómo no habré visto que estaba dirigido a Martin Greenaway!

—Lo siento, maestro, me dijeron que estaba a mi nombre, pero no he llegado a leerla. —Él fuerza una ligera sonrisa y asiente.

—¡Tranquilo!, estas cosas pasan. *Nevermind. See you tomorrow*, Ángel —responde, ya absorto en la carta, sin rastro de nerviosismo, como si yo hubiera dejado de existir para él.

—Hasta mañana, maestro. —Él levanta el brazo para despedirse de mí mientras continúa leyendo.

Salgo del auditorio. Ya noto el nudo en mis entrañas. Es la hora. Pongo en marcha mi cronómetro. A veces me ayuda saber cuánto falta para que acaben los fatídicos quince minutos. Atravieso la gran puerta de cristal que separa el paraíso del infierno.

Trato de no pensar. Me concentro en respirar y en caminar tan rápido como pueda. Sé que solo es ansiedad —nada más y nada menos—, pero mi mente vuelve a jugarme una mala pasada. No tengo control sobre mí mismo. Mi organismo va por libre: mi piel

suda en exceso, mi corazón late desbocado y mis músculos se crisan innecesariamente. Evito a la gente. Camino rápido. Cruzo las calles con temeridad, como una pequeña presa acorralada huiría de su depredador. La cuestión es que es una huida imposible cuando tú mismo eres el cazador y la presa. Varios coches tocan el claxon, están a punto de atropellarme. Noto las miradas inquisidoras de los viandantes. Me protejo de la luz. Los 42 grados de la ola de calor que vuelve a azotar Madrid tampoco ayudan. Evito las aglomeraciones de transeúntes. Intento esquivar mis nocivos pensamientos. Los sonidos me resultan atronadores. El aire me quema la garganta. Mi propia presencia me resulta insoportable. En estos momentos desearía poder desaparecer, evaporarme. Miro el cronómetro. Me faltan tres minutos y medio. Aprieto los dientes, decidido a resistir. Intento animarme recordando cómo termino consiguiendo llegar a casa cada día. Recorro al poder de la inercia y de la rutina usados a mi favor.

Una vez más, abro exhausto la puerta de mi apartamento, envuelto en una triste derrota de sudor frío y una taquicardia que poco a poco empezará a ralentizarse. Ni siquiera soy capaz de alegrarme de que el infierno haya terminado por hoy. Me siento demasiado hundido en mi propio fango. Parece mentira que quince minutos sean suficientes para descargar toda la energía y todo el bienestar acumulados durante el ensayo.



# 22



Dejo la funda del violín sobre una silla del salón de mi apartamento y voy directo hacia el baño. El espejo me confirma que mi rostro refleja toda la tristeza que la ansiedad me ha provocado.

Me dejo caer en el sofá como un saco de patatas que acabaran de soltar en un almacén. Estoy abatido, derrotado y vacío. Desde mi posición, recorro las voluptuosas y ornamentadas formas del atril de madera que tengo frente a mí, y que traje de París, igual que un ratón recorre a ciegas las galerías de un laberinto con la esperanza de encontrar la salida. Empiezo a ser consciente del sonido de la televisión, que me va devolviendo a la realidad. Un documental habla sobre la contaminación que sufrimos en las ciudades y sobre los desafíos del cambio climático. Relata todos los problemas que estamos viviendo, como la ola de calor que está azotando ahora mismo Madrid, y advierte de que a la humanidad se le acaba el tiempo para actuar. «¿Por qué el mundo no hace nada? ¿Por qué nuestros dirigentes no actúan?», pienso. Tantas cumbres, acuerdos y convenciones para que todo siga igual mientras el tiempo se agota. Estamos destruyendo nuestro planeta y somos incapaces de parar. Mi hermana Clara estaba tan cerca, tenía tanto talento... Seguro que su investigación hubiera ayudado a reducir las emisiones. La echo tanto de menos...

Miro una de las fotos que tengo enmarcadas en la mesa auxiliar que hay al lado del sofá. Nuestros padres, Clara y yo estamos

radiantes; no hay duda de que somos felices. Esta foto la hicimos en el bosque de Bialowieza, en Polonia, donde pasamos unos días de vacaciones en plena naturaleza, durmiendo al aire libre, caminando por el campo y descubriendo a los bisontes en un bosque que parece mitológico. Lo recuerdo como si fuera ayer, aunque yo solo tenía doce años. Fueron los momentos más felices de mi vida. Después, todo cambió para siempre.

He debido quedarme dormido por unos minutos. Me despierto lleno de paz y serenidad. Varios haces de luz que consiguen sortear la barrera de la persiana iluminan las partículas en suspensión de la estancia como si fueran pequeñas luciérnagas. Vuelvo a cerrar los ojos, reconfortado por el sueño que he tenido, intentando conservar esa preciada y profunda calma interior, y deseando volver a entrar en el sueño y poder continuarlo. Consigo recordar algún detalle en forma de imágenes. Asisto a un funeral al aire libre, junto a mi familia y todos mis allegados. Visto un traje gris oscuro, corbata y gafas de sol. El sacerdote oficia la misa y a través de su voz pausada y aterciopelada transmite esperanza y serenidad. Yo apenas lo escucho, porque estoy pendiente de todo lo demás. Veo a mis padres. Ellos fallecieron cuando mi hermana Clara y yo todavía éramos unos críos. Mi hermana tenía dieciséis años y yo doce cuando recibimos la terrible noticia y todo nuestro mundo se paró de golpe y cambió para siempre. En el sueño también aparece Clara, aunque está distinta a cuando murió en aquel incendio, hace cinco años, mientras yo estudiaba en el conservatorio de París. Era como si Clara siguiera viva, aunque su físico había cambiado, se había hecho mayor. El sacerdote termina de hablar y todos los presentes formamos una cola ante la fosa. Uno a uno, vamos arrojando un objeto que portamos con nosotros. Yo llego el último, con mi violín en la mano, y al mirar hacia abajo contemplo el féretro de cristal y me sorprendo al ver

que el difunto soy yo mismo. Sostengo la mirada a mi cadáver, que, con los ojos abiertos, muestra un semblante tranquilo y satisfecho. Por unos instantes es como si nada importara, porque experimento una conexión perfecta conmigo mismo y siento una paz interior indescriptible. Relajo mi mano y dejo caer mi violín como un peso muerto, con la extraña convicción de hacer lo correcto, sin ningún atisbo de apego ni rastro alguno de remordimiento.

Retrocedo unos pasos y alzo mi mirada hacia el horizonte. La luz es muy intensa y percibo el aire caliente golpeando mi rostro. A lo lejos, distingo a contraluz la silueta de un hombre que suelta una especie de halcón. El ave vuela majestuosa hacia el sol, reflejando en su intenso plumaje el fuego del ocaso.

Llevo mi mano bajo mis ojos. He debido llorar durante el sueño. La luz que se filtra por el ventanal me resulta cálida y agradable. Vuelvo a mirar nuestra última foto familiar. «¿Cómo hubiera sido todo si mis padres y Clara siguieran aquí?», pienso. «Todo sería de otra manera. Yo no me sentiría como me siento ahora», me respondo. Es increíble cómo las mismas cosas pueden hacerte feliz o infeliz según con quién las compartas.

Abro la cremallera de la funda de mi violín. Repaso algunos pasajes de la sinfonía recordando momentos del ensayo. Mis dedos fluyen precisos acariciando el Stradivarius mientras mi mente recrea cada uno de los sonidos de la orquesta: los timbres, la armonía... Es casi como estar en el auditorio, ensayando, siguiendo las indicaciones de Greenaway. Llevo ya algo menos de una hora tocando. La música de Mahler me vuelve algo melancólico. Pienso en Greenaway y en Eva, en sus miradas, en su complicidad, en su conexión. Recuerdo los ojos de Marta, su dulzura, su sonrisa, su voz, y el día que tuvimos aquella cita, hace ya tanto tiempo. En aquella época éramos todavía unos críos. Los dos estudiábamos

en Madrid, en el mismo conservatorio. La cita resultó todo lo contrario a lo que yo esperaba, y estoy seguro de que ella sintió algo parecido. Lo cierto es que fue un completo desastre: nos faltó la química y nos sobraron el miedo y la torpeza. Recuerdo que no me salían las palabras, me sentía bloqueado y no sabía qué hacer con mi cuerpo, que se movía de forma autónoma y extraña. Supongo que ambos nos asustamos y no supimos enderezar la situación. Como es habitual, nuestra reacción ante el peligro fue huir, escapar de una situación que nos incomodaba. Y tras el patético encuentro fueron pasando los días sin que nadie dijera nada. Nunca hablamos sobre ello. Nos fuimos alejando cada vez más y renunciamos a darnos una segunda oportunidad. Luego, cada uno siguió su camino hasta que nos volvimos a encontrar en la orquesta.

El sonido de mi teléfono móvil destroza la música de Mahler y hace que deje de tocar el violín. Es una llamada desde un número de Francia, prefijo 33. Tal vez por eso, decido cogerlo.

—¿Quién es?

—¿Ángel? —Reconozco una voz que me resulta familiar, con un característico acento francés—. Soy Jacques.

—¿Jacques?

—¿Cómo estás, Ángel? ¿*Comment ça va*, amigo?

—¡Qué alegría oírte, cuánto tiempo! ¿Cómo te va la vida? Veo que no has olvidado el español.

Jacques fue mi gran amigo en París durante los cuatro años que pasé allí estudiando en el conservatorio. Bueno, realmente fue mi único amigo de verdad. Tenía conocidos y compañeros, pero Jacques y yo llevábamos vidas paralelas, con los mismos intereses e idénticas ambiciones. Los dos estudiábamos en el Conservatorio Nacional Superior de Música de París y compartíamos las clases y buena parte de nuestro tiempo, porque éramos compañeros de piso en un pequeño apartamento en el barrio de Montparnasse, cerca de la estación de tren. Pero, sobre todo, compartíamos sueños e ilusiones.



Me sorprende su llamada, porque hace años que no hablamos. Sin saber por qué, perdimos el contacto. Tal vez me distanciara yo, pero ni siquiera recuerdo cuál pudo ser el motivo, si es que lo hubiera.

—Bueno, ya sabes, siempre se me dieron bien los idiomas. Y poco después de que te marcharas, estuve saliendo casi dos años con una chica española. Fue bonito mientras duró.

—Ya veo. ¿Y cómo estás?

—Pues... estoy muy bien, muy contento. Sigo en la Orquesta de París y con las clases en la École de Musique, a tiempo parcial. Estoy..., ¿cómo se dice...?, a tope, disfrutando mucho del trabajo, Ángel.

—¿Y los concursos? —pregunto.

—*Oh, la, la!* ¡Qué locura!, ¡no!, aquello se terminó, afortunadamente —responde recalcando la erre con su acento francés—. Estoy feliz así, en la orquesta, con mis clases. No necesito nada más, pero ¿sabes, Ángel?, sobre todo estoy feliz por mi hermana. Te acuerdas de Béatrice, ¿no?

—Sí, claro, ¿cómo no?

Conocí a su hermana durante mis primeros meses en París. Jacques y yo congeniamos enseguida. Empezamos a compartir piso al llegar los dos a la vez al conservatorio y pronto me invitó a pasar un fin de semana en la casa de sus padres. Su familia vivía en un pueblo del sur de Francia, cerca de Toulouse. Yo aproveché las vacaciones de Navidad para hacer una parada de camino a España y así conocer a su familia. Tenían una casa tan antigua como acogedora, a las afueras de la ciudad. A pesar de estar a pocos kilómetros del centro, era como estar en medio del campo, un lugar bucólico, lleno de belleza y encanto, una casa de cuento de hadas donde cualquier familia podría ser feliz. Cultivaban un pequeño huerto y tenían sus propias gallinas, algunos patos, un gato y un mastín. Sus padres eran muy simpáticos y cercanos, con mucho sentido del humor. Les encantaba jugar a las cartas, e incluso cantamos alguna canción popular

francesa al amor de la lumbre. Béatrice, que tendría tres o cuatro años menos que nosotros, parecía una adolescente muy reservada, pero llena de vitalidad. Su cabello pelirrojo, sus pecas y sus ojos color miel le conferían un aspecto muy peculiar, casi de dibujo animado. Además, recuerdo que tenía una sonrisa muy expresiva, que solo dejaba ver cuando se soltaba y lograba olvidar su timidez. Béatrice estudiaba *ballet* y también piano, aunque odiaba actuar en público. Apenas la volví a ver un par de veces más por París.

—Ángel —prosigue Jacques—, tú no lo sabes, y no te culpo, porque hace tiempo que no hablamos, pero Béatrice ha estado muy enferma, a punto de morir.

El corazón me da un vuelco al recordar a mi propia hermana. Jacques estaba junto a mí cuando recibí el más duro de los golpes imaginables. Tanaka, el tutor que se hizo cargo de nosotros cuando nuestros padres fallecieron, me telefoneó a París para darme la noticia.

—¿Y ya está bien, entonces? ¿Qué le pasaba? —le pregunto interesándome por Béatrice e intentando no pensar en mi hermana Clara.

—Anorexia. —Me quedo en silencio tras escucharlo—. Sí, han sido años muy duros. Incluso intentó suicidarse varias veces, ¿sabes? Los médicos no conseguían ayudarla, ella siempre terminaba recayendo y cada vez estaba más desanimada. La mente humana es tan compleja... Todos estábamos perdiendo la esperanza, pero la vida a veces te sorprende gratamente y cambia de rumbo en el instante más inesperado. En este momento, está recuperada por completo. Ha sido como un milagro, y ahora recordamos estos años pasados como un mal sueño.

—Ufff... ¡¡no me digas!! No tenía ni idea. ¿Cómo no me lo habías contado, lo de su enfermedad?

—¿Y me lo dices tú? —replica subiendo el tono de voz. Los dos nos quedamos en silencio durante unos instantes. Tiene toda la razón, pero soy incapaz de decirle nada. ¿Por qué será que, a veces,

en los momentos más importantes, sale la peor versión de nosotros mismos, que nos empuja al fracaso y a la autodestrucción?

—Bueno, me alegro mucho, Jacques. Tenéis que haberlo pasado fatal. Es una gran noticia —respondo con cariño, rompiendo el incómodo silencio que se había interpuesto entre nosotros. Siempre me cayó bien Béatrice. Había algo en ella que me llamaba la atención.

—Por supuesto. Gracias, Ángel —me contesta normalizando la conversación—. Bueno, y tú, ¿cómo estás?

—Bien, bien, como siempre. Muy contento en la orquesta también. Quería haberte llamado, pero ya sabes, pasa el tiempo, las obligaciones... —le digo justificándome.

—No pasa nada. Ahora estamos hablando, y eso es lo que importa, ¿no? ¿Qué tal con Greenaway? Qué suerte tenéis, es un gran director. Ya sabes que viene mucho a París a dirigir a mi orquesta.

—Sí, la verdad es que sí. Todos estamos encantados con él —contesto con satisfacción.

—Bueno, Ángel, iré al grano: lo cierto es que la curación de Béatrice me hizo pensar en ti.

—¿Ah, sí?

—Claro. Recordé nuestro último año juntos en el conservatorio, y también la llamada de Tanaka aquel fatídico día. —Carraspeo sin decir nada acordándome de mi hermana—. Mira, Ángel, como puedes imaginar, después de tanto tiempo, mi familia y yo estábamos destrozados. Béatrice no dejaba de tocar fondo, y cada día era peor que el anterior. Había perdido ya demasiado peso. Parecía un cadáver, una triste sombra de lo que había sido. Estaba a punto de morir, apenas comía y había perdido la ilusión y la alegría de vivir. Yo me sentía muy mal, porque ya no la reconocía y no sabía cómo ayudarla. Había olvidado el aspecto de mi propia hermana. Hasta los médicos nos habían preparado para lo peor. ¿Sabes lo que es perder del todo la esperanza? —No contesto nada, pero hace mucho tiempo que para mí la palabra «esperanza» tiene un sentido muy distinto al que acostumbraba a tener.

—Ufff, Jacques..., imagino por lo que habréis pasado, ha debido de ser una pesadilla.

—Pues sí. Entonces, como te contaba, hace unos meses recibí una llamada inesperada de un viejo amigo de la familia. Al parecer, había sido amigo de uno de nuestros abuelos, hace muchos años. Este hombre, el doctor Vasiliev, me contó que había oído que Béatrice estaba enferma y decidió ayudarla, porque era algo genético, y él ya había tratado a nuestro abuelo. A mí todo me sonaba extraño, pero en ese momento recibí la noticia como un soplo de aire fresco en mitad del desierto. Había que intentarlo, aunque al final todo quedara en nada. Ni siquiera lo hablé con mis padres. Llevé a Béatrice a la sesión y...

—¿Y entonces fue este doctor quien la curó? —le pregunto sin salir de mi asombro.

—Sí, Ángel. Pero lo sorprendente, y sé que te va a costar creer esto, es que este hombre cura en una sola sesión. Sé que es inexplicable, pero lo he visto con mis propios ojos con Béatrice.

—¿Cómo? ¿Me hablas en serio? —No consigo asimilar lo que escucho. Suena muy poco creíble, pero conozco a Jacques y sé que sería incapaz de bromear con algo así. Sus palabras me suenan a película o a algún tipo de secta, de timo o de efecto placebo. Aunque sé que es una persona sensata y racional, incapaz de dejarse embaucar por ningún vendedor de humo, también sé que, en su desesperación, el ser humano es capaz de agarrarse a un clavo ardiendo y de olvidar todas sus creencias, e incluso dejar a un lado su juicio por aferrarse a un rayo de esperanza—. Pero entonces, ¿quién es ese doctor? Cuéntame cómo curó a Béatrice —pido a Jacques intentando llegar al final del asunto.

—Ángel, te seré sincero. Yo no sé exactamente lo que ocurrió durante aquella sesión. Acompañé a Béatrice, pero no me dejaron pasar. Lo que sí sé es que mi hermana ha vuelto a nacer. Vuelve a comer, su mirada brilla como antes y se aferra a la vida como nunca.

Le encanta vivir, sonrío, bromea, sale..., quiere comerse el mundo. Lo cierto es que Béatrice es otra, ahora es como si fuera la mejor versión posible de sí misma. Escucha, Ángel, ella solo me contó algunas cosas de la sesión, me dijo que el doctor Vasiliev es ciego y que es una persona muy especial, que puede ver cosas que nadie ve y que la sesión es una especie de curación acelerada, pero que realmente es uno mismo el que se cura.

—Pero ¿se trata de una especie de hipnosis o algo así? —le pregunto intentando encontrar una explicación racional.

—No lo sé. Y la verdad es que creo que prefiero no saberlo. Solo puedo decirte que cuando me di cuenta de la extraordinaria experiencia que había vivido mi hermana, enseguida me acordé de ti.

—¿De mí? Pero ¿por qué? Me alegro mucho por vosotros, pero no entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo —le suelto, escuchando mi voz temblorosa, intentando sostener mi propia mentira.

—Ángel, no quiero que te enfades, pero tú y yo nos conocíamos muy bien. Apenas teníamos secretos el uno con el otro, ¿te acuerdas? —Carraspeo sin decir nada—. Solo tú sabes lo que te ocurrió en el último año, pero los dos sabemos cómo te afectó aquello. Abandonaste tu vida, te dejaste caer. Ya no querías salir de casa más que para ir al conservatorio. Intenté hablar contigo, pero te cerraste. —Una lágrima cae por mi rostro mientras continúo en silencio, incapaz de articular palabra. La conversación me resulta cada vez más incómoda, más dolorosa.

»En fin, no sé, Ángel, tú te conoces mejor que nadie, y no sé cómo estarás ahora, pero he pensado que esto podría ayudarte. No hemos estado en contacto en los últimos tiempos, pero espero que recuerdes lo mucho que te aprecio. —Jacques siempre me demostró que era un buen amigo, alguien en quien poder confiar—. Ángel, cuando Béatrice me contó que el doctor Vasiliev iría pronto a Madrid, vi la oportunidad. Y créeme, no es fácil acceder a él. Todo lo contrario, es una persona muy ocupada y solicitada.

—Ya, Jacques... —contesto tras dudar unos instantes—, yo te lo agradezco, pero ¿sabes?, me siento muy bien y estoy tocando mejor que nunca. Creo que nunca me he sentido tan feliz.

Qué mal suena la mentira cuando sale de los labios de uno mismo, desprotegida. Es como si otra persona hablara por ti y tú te limitaras a escucharlo con cierta indignación. Me siento cobarde y vulnerable a la vez, como si no lograra redirigir el rumbo de mi propia vida.

—Lo que tú digas, Ángel. Pero, por favor, piénsalo, no seas testarudo. Puede ser tu oportunidad. Deja que le pase tus datos por si cambias de idea. No tienes nada que perder.

—No, de verdad que te doy las gracias, pero no insistas —le contesto con rotundidad—. Lo cierto es que no necesito ayuda —insisto, templando ya mi tono—. Oye, tengo que dejarte. Me alegro mucho por Béatrice y por ti. Ya hablaremos.

—Como quieras, Ángel. —Percibo el tono de decepción en la voz de mi amigo y me siento mal. Le he fallado otra vez y, lo que es peor, también a mí mismo—. Cúdate mucho.

—Igualmente, Jacques. Y da recuerdos a Béatrice y a tus padres.

Cuelgo, preguntándome por qué soy así y experimentando cierta envidia por la curación que nunca lograré. Miro la foto con mi hermana y con mis padres. El pasado no se puede borrar y, de alguna manera, mi futuro ya está condenado.

# 38



El sonido de la alarma me despierta. He dormido muy profundo y Béatrice se ha colado en mis sueños, seguramente por la conversación que tuve ayer con Jacques. Estábamos en un lugar muy especial que evocaba una atmósfera mágica, casi sagrada. El canto de los pájaros, el murmullo del agua corriendo y los colores de la naturaleza me sumergían en un entorno idílico. Frente a mí, a unos pocos metros, Béatrice yacía tumbada bocarriba en una especie de altar de piedra que estaba rodeado por una fuente labrada con motivos mitológicos —y de la que emanaba un agua cristalina de brillo celestial—, formando un pequeño estanque que había sido colonizado por una naturaleza exuberante. Algunos peces de colores vivos saltaban sobre el agua, entre los enormes nenúfares donde anfibios de formas y colores imprevisibles descansaban al sol.

Béatrice ya no era la adolescente que yo conocí en Francia. Abandonada sobre el altar, en una especie de trance meditativo, vestía una especie de túnica de oro, con transparencias y bordados, que dejaba intuir parte de su hermoso cuerpo desnudo. Su piel clara y su larga melena pelirroja formaban una amalgama única bañada por el reflejo dorado de la túnica. Béatrice comenzaba a cantar, y su voz parecía brotar de las mismísimas entrañas de la tierra. Su canto parecía reunir varias voces al mismo tiempo, super-

poniendo melodías que contorneaban el sonido delicioso del canto de los pájaros, el rumor del agua y toda la magia de aquel enclave único. Al oír aquella maravilla sentía un deseo irrefrenable de encontrarme con ella, que no tardó en mirarme y en indicarme con un gesto que me acercase. Así lo hice, y entonces puso su mano en mi mejilla. Lo que sentí en ese momento fue algo inexplicable, como si el mundo, Béatrice y yo formásemos un todo indivisible; una armonía de amor, paz y libertad que perfilaban una felicidad a la que todo ser humano aspira.

Me cuesta despedirme de esas sensaciones y retomar la realidad de la mañana. Son ese tipo de sueños que suceden muy pocas veces en la vida; esos de los que uno no quisiera despertar nunca, porque te ves atrapado por tu propia felicidad.

Vuelvo a mirar el reloj: tengo el tiempo justo para llegar al ensayo. Tras una rápida ducha y un desayuno rápido, busco la funda de mi violín. Cierro la puerta de casa y bajo las escaleras a paso ligero. Cada peldaño que desciendo, aumenta mi inseguridad. Ya casi he llegado al portal, y sé de sobra que no estoy preparado para los quince minutos que me separan de lo único que da sentido a mi vida. Es el maldito peaje que tengo que pagar cada día, no hay otra alternativa. Antes solía ir en metro, hasta que un día comencé a ahogarme en el vagón, a duras penas lograba respirar y me costó salir a la superficie para alejarme de la multitud. Con ese ataque de ansiedad tomé conciencia de mis limitaciones y me prometí no volver a utilizar el metro. Desde entonces, voy caminando a todas partes.

Atravieso la puerta del portal. El resultado es mucho peor de lo habitual. Me falta el aire, estoy paralizado, todo da vueltas a mi alrededor, escucho un molesto pitido que invade mis oídos. Me siento como un vampiro al que acaban de arrojar frente a la luz del sol. Sigo caminando y, resistiendo, poco a poco voy encontrando mi patética rutina. Cada segundo se hace eterno, pero parece que lo con-



sigo. Lo voy a lograr, un día más. Miro mi reloj. Llevo seis minutos caminando y parece que llevara una eternidad, pero sigo avanzando a paso rápido. Me detengo en el semáforo de la calle Príncipe de Vergara, ya cerca del Auditorio Nacional, y espero a que se ponga en verde. Hay demasiada gente a mi alrededor. Mi corazón bombea a toda máquina y algo en mi interior me empuja a cruzar en rojo. Necesito llegar ya.

Sin pensarlo dos veces, y casi sin mirar, cruzo la calle corriendo, abalanzándome sobre los coches. Algo va mal, lo presiento. Sé que no estoy haciendo lo correcto, pero al mismo tiempo ya es tarde para parar y dar marcha atrás. Oigo varios cláxones y giro la cabeza en un acto reflejo. Un taxi viene directo hacia mí, demasiado rápido para conseguir detenerse a tiempo. Me quedo paralizado en mitad del paso de peatones. En décimas de segundos me parece reconocer el rostro de Greenaway en el interior. Todo sucede a velocidad de vértigo: el chirriar de las ruedas por el frenazo y el inevitable golpe del vehículo contra mi cuerpo. Aunque caigo al suelo, apenas siento dolor. «No debe ser grave», me digo. Me duele más la situación tan incómoda de verme tirado en mitad de la calle, cuando me acaban de atropellar, que el propio dolor físico. Afortunadamente, el taxi apenas me ha rozado. Varias personas vienen hacia mí para interesarse por mi estado. En la acera se agolpan los curiosos que están pendientes de mi accidente. Los cláxones de los conductores impacientes se van sumando al revuelo. Sin quererlo, he convertido la avenida en un auténtico caos.

—Ángel, ¿estás bien? —Greenaway se agacha hacia mí y se muestra preocupado. Entonces, sí era él quien iba en el interior del taxi.

—Un poco más y no lo cuentas, ¿eh? Tienes que mirar por dónde vas, chaval —dice el taxista en una combinación de ira y alivio.

—No ha sido nada. Estoy bien —afirmo para tranquilizarlos mientras veo la funda de mi violín intacta a solo unos metros de nosotros. El taxista me la acerca a regañadientes.

—¿Puedes incorporarte? Con cuidado, *please*. —Trato de levantarme apoyándome en Greenaway, que me ofrece gentilmente su abrazo. Él y el taxista me acompañan hasta la acera. Noto que mi ansiedad se ha detenido, como en un tiempo muerto, aunque haya sido a costa de haber estado a punto de morir atropellado.

Greenaway saca su cartera y entrega un billete al taxista, que se marcha agradecido por la propina, no sin antes dirigirme una mirada de desprecio y negar con la cabeza. Los dos avanzamos despacio hacia la entrada del auditorio. Camino renqueante, algo aturdido, más por el susto que por el golpe. Greenaway carga con mi violín. Me descoloca un poco saber que es la primera vez que entro al auditorio acompañado del maestro y que esté ocurriendo en esas circunstancias. Es una sensación rara. Los dos caminamos en silencio, pensativos.

—Ángel, tienes que empezar a cuidarte. Llevas una temporada... —dice por fin Greenaway rompiendo el silencio—, deberías dejarte ayudar.

—Maestro, ¿estoy tocando mal?

—¡No, qué val, no me refería a la música. Pero hay vida más allá del violín y de la orquesta. O debería haberla. Tienes que soltarte, disfrutar, parece bloqueado. ¿Cuándo fue la última vez que te divertiste? Eres muy joven. A este ritmo, te vas a convertir en una de esas personas amargadas antes de los treinta, y no me gustaría verte así. Te aprecio mucho, Ángel.

—Gracias, maestro, lo intentaré —contesto sorprendido. «Tal vez si conociera mi historia familiar entendería muchas cosas», pienso.

—No..., por favor, llámame Martin.

El auditorio nos recibe impasible, con su sobria majestuosidad.

—Buenos días, señor Greenaway. Su correspondencia...

—Voy entrando, Martin —le digo con una sensación extraña, sin estar muy cómodo llamándole por su nombre de pila.

—Sí, sí, hasta ahora.

—Espere, también hay una carta para usted —afirma el bedel, que me entrega un sobre. Reconozco el lacre verde profundo y el papel sedoso. Me siento observado por Greenaway. Seguramente sea otra equivocación y la carta tampoco sea para mí esta vez. Le ofrezco el sobre. Greenaway lo analiza.

—No, Ángel, mira, este es para ti. Lleva tu nombre, ¿lo ves? —me explica en un tono muy paternal, pero escudriñándome con su mirada—. Leo mi nombre escrito en el sobre y todo mi cuerpo se estremece en un repentino escalofrío. Soy todo curiosidad. Greenaway, clavado ante mí, no me quita ojo.

—Si me permites darte un consejo, es mejor que lo abras cuando estés solo, en un sitio tranquilo. No parece una carta cualquiera —me recomienda arqueando las cejas y moviendo la cabeza en una especie de cadencia afirmativa que reafirma nuestra reciente complicidad.

El maestro se adelanta hacia su camerino. Yo voy detrás, a una distancia prudencial, camino de los servicios, el lugar más tranquilo que puedo encontrar en este momento. Por suerte, no hay nadie más y disfruto de un pequeño instante de intimidad. Me lavo la cara y compruebo mi penoso estado en el espejo: una tez mortecina, los ojos desencajados, unas abismales ojeras y una frente bañada de abundante sudor ya frío. Poco a poco, mis pulsaciones se van ralentizando. Voy tranquilizándome. Miro mi reloj. Apenas faltan unos minutos para el ensayo. Siempre llego un poco antes para poder calentar y asegurarme de que todo está en orden con mi violín.

Entro en uno de los cubículos individuales, cierro la puerta con pestillo y me apresuro a abrir el sobre con tanta intriga como respeto. Ahora el maestro y yo tenemos algo más en común: las misteriosas cartas con el emblema verdoso. Desdoble el folio. Siento el tacto tan peculiar. La hoja está casi en blanco, apenas hay un poco de texto bajo el emblema que vuelve a presidir el encabezado. Comienzo a leer. Las letras vuelven a temblar sospechosamente,

como el día que intenté descifrar la carta de Greenaway. La carta comienza con una cita:

«Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta, en realidad, de un solo momento: el momento en el que el hombre sabe para siempre quién es».

Jorge Luis Borges

Después, continúa dirigiéndose a mí:

Estimado Ángel,

Es hora de recuperar tu vida. Te espero en la consulta hoy mismo a las 19:00.

Dr. Vasiliev

Sigo leyendo. Las letras se hacen cada vez más difusas. Me froto los ojos, esperando que todo vuelva a la normalidad, pero al abrirlos las letras siguen borrosas, como si se estuvieran apagando. La carta termina con una dirección del centro de Madrid.

Es evidente que Jacques no me ha hecho caso, y la verdad es que se lo agradezco. Un buen amigo es quien es capaz de decirte lo que no quieres escuchar por nada del mundo, arriesgándose a perder tu amistad.

Voy hacia el escenario. Me siento en mi silla, junto a Marta. Hoy ha llegado antes que yo. Noto cómo me observa. Se escuchan los sonidos entremezclados de la cuerda, las maderas, los metales y la percusión calentando motores ante la llegada inminente de nuestro director.

—¿Qué te ocurre, Ángel? ¿Estás bien? —me susurra Marta con gesto preocupado

—Sí, sí. No te preocupes.

—Llevas una temporada muy raro. Bueno, más de una temporada, más bien años. Apenas te reconozco. ¿Has ido ya al médico?

—Eh..., sí. Estoy pensando en ir a un nuevo terapeuta. Me han dicho que es muy eficaz. Iré muy pronto. Te lo prometo.

—Me lo prometiste hace medio año. —Siento la mirada de reproche de Marta.

—Lo sé, pero esta vez lo voy a hacer. De verdad.

—Vale... —Marta parece contentarse con mi respuesta y su rostro cambia en un instante, haciéndose más luminoso.

—¿Y esa carta? Qué sobre tan elegante. ¿Puedo verla? —Tenía que haberla guardado mejor en el estuche del violín. Marta la ha visto dentro de la funda y estoy en un pequeño aprieto. Intento actuar con naturalidad.

—Sí, supongo que es publicidad. Ya no saben cómo vender —contesto restándole importancia, con la esperanza de que no se fije mucho en ella. Pero Marta abre el sobre, saca el folio y lo desdobra con mucho interés. Yo me noto cada vez más agobiado, buscando una excusa lo más rápido que puedo.

—¿Y esto?

Trago saliva y miro la hoja, que está en blanco. Siento un escalofrío recorriendo mi espalda. No hay ni rastro del texto, que parece haberse evaporado. Por un lado, siento un gran alivio. Por otro lado, ¿qué será esta carta?, ¿tinta que desaparece?, ¿Greenaway recibiendo las mismas cartas?, ¿un doctor tan enigmático?, ¿la llamada de Jacques? Todo parece formar parte de un mismo rompecabezas, y todo apunta a que el doctor Vasiliev y Greenaway se conocen. De repente, estoy envuelto en algo muy extraño, que me hace sentir curiosidad al mismo tiempo que me descoloca de la realidad.

—Sí..., bueno, no lo sé. Ahora la publicidad ya no hay quien la entienda. Llamen la atención de la manera que sea. ¿A ti no te la han entregado?

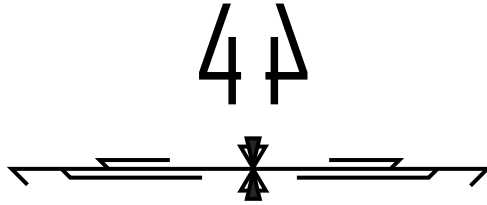
—No —contesta. Hago un gesto de extrañeza y comienzo a tocar mi violín, intentando que Marta se una al calentamiento. Veo

aliviado cómo ella vuelve a meter la hoja en el sobre, la deja de vuelta en la funda y empieza a tocar también.

Greenaway llega al ensayo. Nos saluda y alza su batuta para que empecemos a tocar. En los minutos siguientes, nuestro director va descifrando la obra, deteniéndose para trabajar los fragmentos y los pasajes más delicados, donde la orquesta no consigue tocar afinada, o donde la precisión rítmica no es del todo exacta. Nuestro maestro trabaja como un relojero suizo: es meticuloso, pulcro y muy preciso.

Mi mente, entre tanto, trabaja sin parar, interpretando la sinfonía *Resurrección*, de Mahler, pero también recordando mi accidente con el taxista y especulando todo tipo de ideas rocambolescas sobre el doctor Vasiliev, Greenaway y esas cartas tan misteriosas. Mi cerebro está más activo y más vivo que nunca. Lo que parece claro es que el director debe tener alguna conexión con el doctor Vasiliev. Pero ¿qué conexión?

Hoy he tocado fondo en el accidente. Podía haber perdido la vida y, sin embargo, estoy más ilusionado que nunca. Una gran puerta a la esperanza se ha abierto ante mí, y tal vez pueda aprovecharla.



Al volver a casa, después de otro nuevo episodio de ansiedad, me dejo caer en el sofá con las pilas totalmente acabadas. Cierro los ojos buscando recomponerme mientras no paro de analizar todo lo malo y lo bueno que me ha ocurrido en las últimas horas. Hoy he estado a punto de morir atropellado. Es un aviso claro de que no puedo seguir así, de que voy directo a mi propia destrucción. No dejo de pensar en las palabras de Jacques acerca de la recuperación de su hermana. Me imagino a Béatrice feliz, con toda la vida por delante.

Para mi hermana ya es tarde. Todo ocurrió tan de repente... De la noche a la mañana, pasó de ser una joven en la flor de la vida y una científica con proyección internacional a desaparecer para siempre. Jacques ha vuelto a demostrar que es un gran amigo. Solo quería ayudarme y yo no le he dejado. No he reaccionado bien, me he vuelto a encerrar en mí mismo. Lo mejor del día ha sido la carta de Vasiliev y verme tan próximo a Greenaway. Es como si la vida me recordara que puede haber una oportunidad esperándome. Tal vez yo también pueda curarme y tener una vida de verdad, como Béatrice.

Abro mi agenda. Ojeo los contactos de todos los psicólogos por los que he pasado. He perdido tanto tiempo y tanta ilusión desde que mi hermana murió, perdiendo la esperanza por cada consulta que visitaba cuando no conseguían ayudarme... Sobre la mesa veo la carta

de la invitación a la sesión con el doctor Vasiliev. Contemplar la página en blanco me inspira, porque me hace pensar que a veces todo es posible: comenzar de cero, dirigir el rumbo de mi propia vida... ¿Será verdad todo lo que me ha contado Jacques? Tiene que serlo. Esta podría ser mi última oportunidad. Por una vez, siento que detrás de toda mi tristeza y de mi melancolía hay un fuerte sentimiento de esperanza empujándome hacia algo bueno. Fantaseo con la figura del enigmático doctor Vasiliev. ¿Quién será? ¿De dónde habrá salido?

Miro mi reloj, son las seis y media. En treinta minutos, me recibirá. Es momento de ir saliendo. No quiero llegar tarde, pero tampoco antes de tiempo para no prolongar mi angustia en medio de la calle.

Ya fuera de casa, camino a paso ligero, notando cómo mi corazón retumba en potentes latidos que aporrean mi pecho. De nuevo me encuentro en mitad de la sinfonía que tanto detesto: la taquicardia, la agonía y el desasosiego. La calle abarrotada me provoca una ansiedad insoportable, seguir avanzando supone un esfuerzo extenuante. Volvería sobre mis pasos sin pensarlo, abandonaría. Solo un finísimo hilo de esperanza consigue que continúe. Ahora mismo quiero y no quiero ir a la consulta del doctor Vasiliev. Sé que debo hacerlo, porque puede ser mi gran oportunidad. Con suerte, será la última vez; mi último esfuerzo; el principio del fin. Mi profundo desasosiego y mi miedo irracional son la mejor evidencia de que debo ir. Cuando hay mucho que ganar y nada que perder, todo encaja. Es lo bueno de haber tocado fondo. Tu perspectiva cambia y tus deseos se hacen más fuertes que tus miedos. Aunque hace tiempo me prometí no volver a intentarlo, pero en ocasiones uno tiene que ser capaz de nadar contracorriente y tener la valentía de incumplir sus propias promesas. Es verdad que en estos años he perdido toda esperanza, pero en ningún sitio está escrito que no la pueda recuperar.

Nunca olvidaré el día que Guido, mi maestro de violín en el Conservatorio de París, me habló sobre la ilusión. Fue durante nuestra última clase. Las despedidas nunca son fáciles y aquel día se respi-



raba una atmósfera distinta, presentí que no sería un día normal. Los sentimientos estaban a flor de piel y mi maestro se comportaba raro. No sabría explicarlo, pero su lenguaje corporal, su tono al hablar, su actitud, su compostura..., todo se percibía diferente. Casi no lo reconocía. Lo cierto es que en ese momento sus palabras no parecieron calar en mí, pero debió quedar un poso latente que despertaría con fuerza en mí años más tarde, cuando llegué a comprender la trascendencia de su mensaje.

—Ángel, siéntate. Hoy es nuestra última clase —me dijo entre el afecto y la solemnidad, apoyado en el borde de su mesa. Yo estaba a punto de sacar mi violín de la funda, si bien no fue difícil presentir que ese día no íbamos a tocar—. Hoy te enfrentas a un final y a un nuevo comienzo. Te esperan grandes cosas en la música. También en tu vida, eso seguro. Ahora empieza tu verdadera carrera musical y, como ya has comprobado por ti mismo estos años, la música puede llegar a ser una compañera difícil de llevar. La música y todo lo que la rodea. Ya sabes...

Le escuchaba con atención y asentía, recordando a muchos compañeros que habían dejado el conservatorio por las lesiones, por falta de apoyo económico o simplemente porque no habían aguantado la presión o no habían demostrado tener suficiente talento o la necesaria capacidad de entrega, sacrificio y adaptación. Pero lo que más me había impresionado era haber asistido a la metamorfosis de algunos compañeros que habían pasado, de la noche a la mañana, de amar profundamente la música a odiarla sin remedio, lo que mostraba que estaban muy quemados. Lo cierto es que la competitividad que la carrera provocaba en nosotros podía hacer perder el norte a cualquiera y convertir la belleza de la música en una especie de tortura. Dedicarse a esta profesión es algo increíble, pero tiene una cara B difícil de sobrellevar, que uno empieza a conocer de verdad cuando ya está demasiado dentro. Tal vez por eso, aunque parezca un contrasentido, puede llegar a ser tan dura.

—Estoy convencido de que estás preparado —prosiguió el profesor—, y estarás a la altura de las circunstancias, pero debes tener en cuenta que una carrera musical es como una carrera de fondo, como una maratón. Y lo más importante, Ángel... lo más importante... —Me miraba fijamente, intentado conectar conmigo—, lo más importante es no perder la ilusión. ¡Nunca pierdas la ilusión! —recalcó en un tono más vehemente, como si se diera cuenta de que su discurso no estaba calando del todo en mí—. Eso es lo más importante.

Yo asentí varias veces con la cabeza, intentando hacerle ver que lo comprendía, aunque no fuera verdad. Hubo un corto silencio que se me hizo largo. Mi maestro parecía estar recomponiéndose después de su charla, como si contarme aquello le pasara una factura física, y yo me esforzaba sin éxito en asimilar lo que él intentaba transmitirme, pero lo cierto es que no acababa de entender a qué se refería. La ilusión se tiene o no se tiene, pero ¿acaso se puede retener la ilusión o el deseo que ya no quiere permanecer en nosotros, como quien conserva un recuerdo en un álbum de fotos? O ¿acaso se puede fabricar un deseo o un gusto de la nada? Por más que lo intentaba, no conseguía entenderlo, pero no me rendía.

—La ilusión y la desilusión son las dos caras de una misma moneda, tan antigua como el mundo —concluyó mi maestro—. Ángel, procura que la moneda caiga siempre de cara... —me previno.

En aquel momento seguía sin comprender el significado de sus palabras. Tampoco me atreví a preguntarle, pero supe que el consejo era importante y noté que, de alguna forma, aunque fuera inconscientemente, estaba calando en mí, como cuando sabes que has comprendido algo en un plano más intuitivo y todavía no sabrías explicarlo. Nunca había visto a Guido así de alterado, pero aquella tarde la expresión de su cara, su mirada perdida y el movimiento enérgico de sus brazos lo delataban: el tema le tocaba en lo más profundo. Aunque intentaba contenerse, por momentos parecía fuera

de sí, como si tratara de explicar algo importantísimo y en el fondo supiera que no lo estaba consiguiendo.

El recuerdo de mi época parisina se va desvaneciendo a la vez que la ansiedad y el pánico hacen su aparición otra vez. Continúo hacia mi destino caminando por el barrio de Recoletos. He memorizado la ruta para llegar hasta la consulta del doctor Vasiliev. En mi estado, no puedo permitirme estar pendiente de las indicaciones del teléfono para llegar. Trato sin éxito de recordar algún detalle más de la última clase con mi maestro, intentando distraer mi mente de mi ansiedad. No lo consigo, apenas me queda un regusto suave y agri-dulce de nostalgia.

Son las 18:55. Estoy muy cerca de llegar a mi destino y, sin embargo, empiezo a dudar de forma alarmante. Son esos momentos en los que uno, desde el fondo de sus entrañas, en un fatídico instante, puede quemar el más conveniente de los planes. Es increíble cómo las personas nos podemos sabotear a nosotras mismas y enmascararlo todo bajo una discreta capa de autoengaño. Percibo dos fuerzas muy potentes en mi interior luchando entre sí: ir o no ir; hacer lo que debo o escapar. Incluso fantaseo con una tercera alternativa, que por momentos se hace fuerte: desaparecer, esfumarme, que me trague la tierra. Por fortuna, consigo sobreponerme, disipar mis dudas irracionales, y continúo avanzando. Es posible que mi fuerza nazca de haber tocado fondo, de saber que mis alternativas son inútiles. Hay decisiones que te llevan sin remedio a la derrota, al fracaso, a la autodestrucción. La clave es saber reconocerlas y tener el coraje suficiente para alejarse de ellas. Cuando uno toca fondo, la perspectiva puede cambiar profundamente. Todo se tambalea: las creencias, los valores, las ideas... En esas circunstancias, todo es adaptable, y cualquiera puede convertirse en alguien irreconocible para sí mismo.

Como sé que eso a veces me ayuda, trato de recordar otra época, cuando paseaba por estas mismas avenidas y todo encajaba perfectamente conmigo, en armonía: la luz, los colores, los árboles, la brisa,

la gente, el canto de los pájaros, las tiendas o el olor del metro de Madrid. Entonces caminaba por el mundo proyectando una leve sonrisa, sintiéndome bien. Todo era distinto porque yo era distinto, las cosas tenían sentido sin ni siquiera buscarlo, simplemente estaban en su sitio. Luego, sin avisar, llegó la muerte de Clara, y aquello fue demasiado. Las piezas se desmoronaron como en un castillo de naipes y dejaron de encajar en el rompecabezas de mi mente.

Siento un gran alivio pasajero. Estoy llegando, y ahora sé que voy a lograrlo, me veré cara a cara con el doctor Vasiliev y ocurrirá lo que tenga que ocurrir. Leo el letrero de la calle donde me ha citado. Está cerca del parque del Retiro y hay bares, restaurantes, galerías de arte, *boutiques* y tiendas especializadas, que le confieren un ambiente sofisticado y urbanita. Unos números más allá, llego al portal y busco el nombre del doctor en el telefonillo. Hay muchos pisos particulares y tres o cuatro letreros de empresas y profesionales. En uno de ellos, leo «Doctor Vasiliev». Las letras parecen escritas a mano, pero con tal elegancia y perfección que podrían haber sido caligrafiadas por el mejor de los escribas. No puedo evitar pensar en los estudios y la preparación del doctor. ¿De verdad será médico? Lo cierto es que no sé nada de él, tan solo lo que Jacques me ha contado y esa posible conexión con Greenaway. ¿Será psiquiatra?, ¿psicólogo?, ¿algún tipo de curandero? La buena noticia es que estoy aquí con algo más de ilusión y esperanza que de temor, confiando en que me pueda suceder algo bueno.

El portal es tan amplio y señorial como antiguo. Como la puerta está abierta, accedo al interior sin llamar. Me recibe un señor vestido de azul oscuro. Por su uniforme debe ser el portero, aunque lo que llama la atención es lo desaliñado que parece y la apatía de su postura, apoltronado en su silla. Le saludo y él apenas responde con una especie de movimiento desganado de su cabeza; parece malhumorado. Sumido en su propia desidia, renuncia a preguntarme a qué piso voy. Automáticamente descarto subir por el ascensor, que

parece más antiguo que el propio edificio. Su armazón metálico, desgastado por el paso del tiempo y por el uso, no inspira ninguna confianza. Además, desde que murió Clara, ya no confío en los ascensores. Lo más triste es que ya no confío en nada ni en nadie. Tal vez en la música y en mi violín, pero nada más. Subo las escaleras hasta la tercera planta. En el rellano, un hombre de color vestido con un elegante traje gris claro y una camisa oscura lee el periódico. Su pulcritud contrasta con el aspecto del portero. Está de pie y ni siquiera se apoya en la pared. Debe medir casi dos metros y parece muy atlético. De aspecto caribeño, recuerda a aquellos legendarios velocistas de los cien metros lisos. Mantiene una pose de espera paciente, como si el tiempo no fuera un problema para él. Le saludo y me responde sin apenas levantar la vista del periódico, aunque tengo la sensación de que, casi sin mirarme, me ha hecho una radiografía de cuerpo entero. Dobla el periódico tranquilamente, como sabiéndose observado por mí.

—Ángel, ¿verdad? Vasiliev te espera. —Por su acento, no hay duda de que el tipo es brasileño. Su voz es grave y contundente—. Me llamo Paulo —dice mientras me ofrece su mano, que estrecho. Noto una aspereza que me resulta molesta, como si su piel me pinchara.

—Encantado —contesto.

—Disculpa..., es pura rutina, por seguridad del doctor. —Paulo saca de su americana una especie de pequeño escáner y me lo pasa por todo mi cuerpo, desde la cabeza a los pies. El aparato emite diferentes sonidos—. ¿Ves? Una formalidad. Todo en orden, puedes pasar. No hagamos esperar al doctor, que está muy ocupado.

Parece que solo hay dos pisos en la planta, o tal vez sea uno solo, con una puerta de servicio adicional. Me dirijo a la entrada que me señala Paulo. Me dispongo a pulsar el timbre, pero justo antes de llamar me doy cuenta de que la puerta está entornada. Entonces dudo, y al final ni siquiera llamo. Entro despacio, con cierta prudencia. La puerta chirría un poco al abrirse.

—¡Hola! —saludo por educación, intentando que se note que estoy entrando. No escucho respuesta alguna.

Accedo a una especie de vestíbulo que precede a una gran estancia donde, sospecho, podría estar el doctor. Una puerta corredera de madera y cristal translúcido de color amarillo, entreabierta, deja entrever lo que parece un amplio salón, con techos altos y suelo de madera oscurecida por el paso del tiempo. Atravieso la puerta. El salón no es más que un espacio diáfano, sin muebles ni elementos decorativos, más allá del papel pintado y unas cuantas plantas con sus respectivos maceteros. Al fondo, veo a alguien sentado de espaldas a mí, detrás de un escritorio de estilo antiguo. Está totalmente inmóvil, como un muñeco que esperase a que le dieran cuerda. Debe ser el doctor.

Presiento que todo está pasando a otro ritmo, a cámara lenta, como cuando un peligro activa la adrenalina de tu cuerpo y hace que el tiempo se expanda y que todo parezca suceder muy despacio. Pero en este caso prima la tranquilidad por encima de los nervios, la incertidumbre, la ansiedad o cualquier otra emoción o sensación de peligro. Todo parece envuelto en una capa de calma y sosiego. Incluso yo mismo, contra todo pronóstico, me siento tranquilo, no hay rastro alguno de mi ansiedad, y me sorprende sentirme así. El hombre, sentado en un sillón giratorio, se ha dado la vuelta hacia mí y parece observarme. Pero ¿será el ciego? Tiene que serlo. Aparenta unos sesenta años, quizás alguno más. Conserva una larga melena color plata, a juego con una barba densa, que contrasta con su piel bronceada.

—Buenas tardes —saludo proyectando mi voz. El doctor se incorpora de un pequeño salto y me observa, tomándose su tiempo para contestarme.

—Bienvenido, Ángel. —Su voz modulada, con un timbre grave y aterciopelado, trasmite paz y confianza.

Tiene un efecto persuasivo, casi hipnótico. La relajación continúa *in crescendo* y me abandono en una especie de masaje sensorial muy

placentero. Es como si las ondas sonoras acariciaran mis neuronas, confiriendo a mi espíritu una tranquilidad inmensa, fuera de lo normal. Noto cómo los párpados me pesan cada vez más, mi respiración se hace inusualmente lenta y profunda y mi mente parece en blanco. No opongo resistencia; me dejo llevar.

—Soy el doctor Vasiliev —continúa con un castellano perfecto, carente de acento.

Me acerco hacia él y me doy cuenta de que mi relajación se hace aún más envolvente. El doctor tiene la piel curtida. A pesar de su edad, conserva una figura estilizada y esbelta y sus movimientos son precisos y armoniosos, como los de un bailarín del Bolshói. Vasiliev viste una especie de traje de un color verdoso realzado por la textura voluptuosa del tejido. No lleva corbata y ni siquiera viste camisa, sino más bien algún tipo de camiseta de color oscuro que le otorga un aspecto algo más moderno, al tiempo que muy elegante. El doctor porta un anillo en el dedo corazón de su mano derecha, labrado con un original motivo a modo de escudo que ya he visto antes. Es el emblema del sobre que recibí con la invitación a acudir aquí. No consigo despegar la vista del anillo, sabiendo que estoy rozando la mala educación. Tal vez el hecho de saber que el doctor es ciego hace que me comporte así, confiado en que no lo va a notar.

—Bienvenido a la sesión —prosigue, reclamando mi atención.

Escucho la puerta cerrarse detrás de mí. El doctor se acerca. Me debo creer que es ciego solo porque Jacques me lo advirtió, y ni siquiera pondría la mano en el fuego, porque me parece que la duda es del todo razonable. Es verdad que sus ojos son de un azul distinto, algo velado y blanquecino, pero también lo es que me mira directamente a los ojos, no como alguien invidente que intenta dirigir más o menos su mirada donde cree que podría estar su interlocutor, sino realmente como si nuestras miradas conectaran. Me ofrece su mano y yo se la estrecho. Al tocar su piel, recibo un torrente de sensaciones extrañas: calambres suaves a modo de cosquilleos se propagan a

gran velocidad desde mi mano por todo mi cuerpo. Busco de nuevo su mirada. Un gran escalofrío me sobrecoge al ver cómo los ojos de Vasiliev, que ahora son enormes, proyectan una especie de holograma. Apenas distingo su pupila y su iris por detrás de lo que parece una película superpuesta a cámara rápida. Los fotogramas se suceden vertiginosamente, sin dar opción a ser descifrados. El doctor parece en trance, absorto en la película. A los pocos segundos, vuelve a recuperar su mirada, la proyección se detiene y sonrío, a la vez que suelta mi mano con delicadeza y me mira a los ojos. Consigo sostener la mirada, pero estoy perplejo, fuera de juego.

—Ya veo —me dice—. Siéntate, por favor.

Mi corazón late como si quisiera abandonar mi cuerpo. No salgo de mi asombro. Ante una situación que se me escapa por completo, permanezco alerta, aunque me sorprende no sentir miedo. Es más pura excitación y deseo de saber qué está ocurriendo. Noto todo el vello de mi piel erizado esperando el siguiente movimiento del doctor.

—Has sufrido mucho, Ángel —prosigue al cabo de unos instantes—, como muchas otras personas. Pero debes saber que no tienes por qué sufrir más. Todo tiene un principio y un fin y para ti ha llegado la hora de evolucionar. La cuestión es: ¿lo deseas de verdad, Ángel? —plantea mientras volvemos a conectar nuestras miradas.

Noto cómo mis ojos se van humedeciendo y una pequeña lágrima desciende por mi rostro. Siento cómo el tiempo no deja de dilatarse más y más mientras pienso la respuesta a conciencia. Sé que estoy ante uno de esos momentos clave, en una encrucijada. Otras veces me he encontrado sin saberlo en uno de esos dilemas que te plantea la vida, pero ahora soy consciente de la importancia de este momento. La densidad del aire me resulta dulce y apacible, como un algodón de azúcar. Creo escuchar el bombeo de mi corazón en una cadencia implacablemente lenta y me parece percibir el movimiento de mi propia sangre a través de mis venas. Por un instante, estoy convencido de sentir cada célula de mi cuerpo al tiempo que



contemplo extasiado cómo un cálido haz de luz atraviesa el cristal de una pequeña vidriera cercana a nosotros, fragmentándose en toda la gama de colores posibles.

—Sí, me gustaría —le contesto seguro, mostrando agradecimiento y respeto con mis gestos.

Uno necesita valor y confianza para responder a determinadas preguntas, mientras que hay respuestas que reconfortan por sí solas una vez que salen de los labios, como ahora. La humedad de mi cara me recuerda parte del sufrimiento que he vivido en los últimos años. Mi agorafobia, mi dificultad para relacionarme con los demás, mi tristeza, mis vacíos, mi dependencia de la música, mi soledad... En estos años me han pasado demasiadas cosas, y está claro que no he podido digerirlas.

—Eres valiente. ¡Oh, sí!, ya lo creo... No todo el mundo es capaz. De hecho, muy pocos lo sois. Deja que te dé mi más sincera enhorabuena. Debes saber que tu victoria es mi victoria, Ángel.

El doctor saca entonces de su chaqueta un reloj de bolsillo de bronce, labrado con un emblema que bien podría ser el mismo que el del anillo. Lo abre con cuidado y lo apoya en la mesa. Las manillas marcan las siete y seis. Vasiliev busca ahora en el bolsillo interior de su chaqueta. Saca una bolsa de terciopelo negro y extrae de su interior una gran moneda. La sujeta, con la intención de que la vea, como un sacerdote mostraría el cuerpo de Cristo a sus feligreses. La moneda parece antiquísima. Tiene el color de la plata oscurecida por el paso del tiempo y muchas marcas que parecen ser fruto del inevitable desgaste. En un movimiento preciso, Vasiliev consigue hacer girar la moneda sobre la palma de su mano izquierda, como si fuera una peonza. La moneda rota muy despacio, sin llegar nunca a caer, en una especie de movimiento continuo ajeno a la gravedad y al rozamiento. Sin entender cómo, en una suerte de ilusión óptica, soy capaz de ver con claridad y al mismo tiempo las dos caras de la moneda, en una polifonía visual

imposible. Mi asombro es proporcional a mi paz interior. En ambas caras hay grabados pequeños textos y símbolos. Sin saber lo que dicen, parece que visualmente todo encaja en ellas, y desprenden una especie de equilibrio y belleza muy atrayentes. Un pequeño escalofrío recorre mi cuerpo. Siento algo que no llega a ser miedo, sino más bien un respeto profundo y auténtico que brota desde mi intuición. Vasiliev da unos pasos hacia atrás, alejándose de mí, y detiene la moneda.

—Es muy antigua —me dice mirándola fijamente, como para romper el hielo—, cógela. —Vasiliev lanza la moneda y noto que el metal viene hacia mí, pero no en línea recta, sino curvando su trayectoria en una parábola imposible en la que yo soy el imán que la atrae. De alguna manera, no es mi mano quien la atrapa al vuelo, sino la moneda la que ha venido directa hasta mi mano. Siento su tacto y reviso sus símbolos—. Es uno de mis amuletos más preciados. Una moneda muy antigua, sí. ¿Eres supersticioso? —Hace una pequeña pausa antes de proseguir—. ¿Crees en los amuletos, Ángel? —insiste.

—La verdad es que no —contesto con timidez, como si tuviera miedo a equivocarme.

—Por supuesto. Eso es..., yo tampoco creo en ellos —replica con afecto mientras rodea mis manos con las suyas, como si hubiera que proteger la moneda por encima de todo—. Al menos, no como creen la mayoría de las personas. Lo que me interesa de los amuletos es su simbología. Son como un propósito de intenciones y muestran muchas cosas importantes: intención, pertenencia, visión... Cosas que la humanidad nunca debería haber subestimado. —El contacto físico con Vasiliev me hace sentir de nuevo un escalofrío y varios hormigueos muy intensos—. Ángel, mírame a los ojos. Enfrentate a tu miedo. —Le escucho paralizado, incapaz de mover un solo músculo. Lo cierto es que me siento agarrotado—. Es tiempo de recordar, de comprender y de perdonar. Debes perdonar a los demás, a

la vida y, sobre todo, debes perdonarte a ti mismo —afirma manteniendo el contacto de sus manos sobre las mías.

La prudencia, o tal vez el miedo, hacen que me resista a levantar la mirada para buscar los enigmáticos ojos del doctor. ¿Por qué será que el miedo nos aleja tantas veces de las cosas y de las personas que más necesitamos? Al final, consigo levantar la vista, porque en el fondo sé que hacerlo será bueno para mí. De nuevo todo ocurre muy rápido. Vuelvo a experimentar ese tremendo misterio. Todo el vello de mi cuerpo se eriza en un instante y me siento invadido por un intenso y continuo escalofrío, desde la cabeza hasta los pies. Vasiliev proyecta otra vez esa extraña película sobre sus ojos. Ahora veo la sucesión de fotogramas con nitidez. Soy incapaz de dejar de mirar las imágenes, que ahora parecen aún más grandes y claras, seguramente por transcurrir a velocidad normal. Me cuesta asimilar todo lo que veo. Muchas veces he escuchado testimonios de personas que al estar a punto de morir contaban cómo veían una especie de resumen de los acontecimientos clave de su vida. No siento ningún miedo mientras voy contemplando sucesos importantes que ya he visto, que ya he vivido. Incluso tengo la sensación de volver a tener pensamientos que ya he tenido y que, de alguna manera, mi mente había olvidado. Pero lo que más me impacta es estar presenciando detalles de acontecimientos que no soy capaz de recordar, pero que, al mismo tiempo, tengo la certeza de que ocurrieron. Es como si Vasiliev estuviera sacando a flote todo lo que mi mente ha soterrado durante este tiempo, como si estuviera poniendo las cartas de mi vida sobre la mesa.

Veo a mis padres. Yo debo tener doce años y, de alguna forma, en la visión me noto en mi cuerpo de niño. Ellos están inclinados frente a mí. Recibo su cariño. Mi madre me acaricia el pelo y oigo cómo mi padre se dirige a mí en un tono muy cariñoso.

—Ángel, ahora tienes que ser fuerte. Te van a pasar cosas que no vas a saber entender y vas a sufrir un poco, pero un día todo

cambiará y el tiempo pondrá las cosas en su sitio. Es importante que recuerdes que, suceda lo que suceda, nosotros siempre estaremos contigo. Confía en las cosas, confía en ti mismo. El paso del tiempo te ayudará. Sé paciente. ¿Lo entiendes?

Veo la cara de mi padre y de mi madre, ambos sonríen con una profunda emoción, mezcla de alegría y tristeza, a la vez que algunas lágrimas caen de sus ojos. Yo estoy confuso. De alguna forma, me noto incapaz de comprender lo que está sucediendo. Nunca había recordado este momento. Ahora sí soy capaz de asimilarlo a través de los ojos Vasiliev. Es maravilloso todo lo que uno puede aprender contemplando su propia vida desde fuera, con la perspectiva de la distancia.

La proyección sobre los ojos del doctor continúa. Veo la mirada ingenua de mi hermana. Estamos en el salón. Recuerdo este momento perfectamente. Lo he recordado en mi mente, en bucle, una y mil veces durante estos años. Los dos esperamos a que el señor Tanaka, amigo de la familia, y dos policías nos den la noticia.

—Hijos, ha ocurrido algo terrible —nos dice la comisaria con una voz temblorosa que parece quebrarse con cada nueva palabra que pronuncia.

No sabe dónde mirar. Me cuesta tragar. No entiendo nada, pero mi mente de niño juega a creer que no ocurre nada grave. Tanaka, mientras tanto, me observa impertérrito. Ni siquiera ahora, viéndolo a través de la proyección de los ojos de Vasiliev, consigo adivinar por dónde pueden ir sus sentimientos. Es un témpano de hielo.

—¿¡Dónde están nuestros padres!?! —exclama Clara, que rompe a llorar. Está muy asustada y apenas se la entiende.

—Pequeños, tenéis que ser fuertes —prosigue la comisaria, ahora mirándome a mí. Yo sigo inmóvil, sin entender nada. Tanaka empieza a hablar. Los dos policías lo escuchan cabizbajos. Tanaka nos mira a los ojos, pero parece ajeno a todo sufrimiento, a pesar de ser un gran amigo de nuestros padres. O al menos esa historia nos contó. Nosotros apenas lo habíamos conocido antes de ese día.

—Vuestros padres han tenido un terrible accidente con el coche. Quiero que sepáis que no han sufrido —nos explica sin rodeos y sin que le tiemble la voz.

Clara llora con amargura, desconsolada, y se ahoga en un grito continuo solo interrumpido por sus respiraciones. Yo soy incapaz de pestañear. Los dos policías nos dicen cuánto lo sienten, pero nadie se acerca a nosotros, no hay abrazos, no hay consuelo. Tampoco explicación ninguna. Pasados unos instantes, los adultos se incorporan y hablan entre ellos. Clara sigue llorando y en un movimiento brusco me abraza, aplastándome contra ella. Es cuatro años mayor que yo y más corpulenta. Noto la piel de su cara empapada por las lágrimas. Yo la abrazo con todas mis fuerzas, sabiendo que ella es lo único que tengo.

Vasiliev continúa como inerte. Noto que he llorado todo lo que no conseguí llorar aquel día y sigo viendo los fotogramas proyectados en la pantalla de sus ojos. Ahora me veo más mayor, debo tener catorce años. Estamos en la casa familiar, un gran apartamento de amplias estancias y techos altos con vistas al parque del Retiro. Tanaka es nuestro tutor y, aunque viaja mucho por su trabajo, también pasa temporadas con nosotros. Estoy en mi habitación, tocando el violín. Me detengo para ir a por agua. Avanzo por el pasillo y escucho su voz más alta de lo normal. No está hablando español, y tampoco parece japonés. Me acerco hacia él para escucharle mejor. Es un idioma totalmente desconocido para mí. Entro al salón.

—Tengo que colgar. Luego te llamo —dice en japonés Tanaka a su interlocutor mirándome con mala cara mientras cuelga el teléfono—. ¿Qué haces? Deberías estar practicando. —Subo los hombros y bajo la cabeza.

—Tenía sed —contesto. Él no dice nada, pero me agrade con su mirada. Me marchó. Siento el vacío del momento, su falta de cariño y empatía.

Vasiliev continúa inmóvil y yo contemplo ahora otro momento de mi vida.

Cada vez tengo más calor y noto cómo algunas gotas de sudor humedecen mi frente. El corazón se me acelera. Escucho nítida la voz de Clara. Estoy en París, estudiando, con veintidós años. Ella me llama entusiasmada. La siento muy cercana.

—Ángel, creo que estoy a punto de conseguirlo.

—¿El qué? ¿Te van a dar el Nobel ya, hermanita?

—Pues a lo mejor... ¡Tonto!, no, es que he conseguido que una multinacional se fije en mi trabajo. Vienen desde Alemania para reunirse conmigo en dos días. Solo es un primer paso, pero es muy importante. No pienso parar hasta que terminemos con la dependencia del petróleo y el gas. Ven a verme, Ángel, me gustaría que lo celebráramos.

—Clara, me alegro mucho por ti y me encantaría ir, pero en breve empiezo los exámenes y tengo que estudiar.

—Tú verás, hermanito, lo que es verdaderamente importante para ti. Pero sé que papá y mamá estarían orgullosos de mi trabajo.

Rememoro con nitidez mi sensación, envidiando a mi hermana por su hallazgo y sin saberla apoyar, escondiéndome en la música. En aquel momento, era consciente de que debía acompañarla, por muchos motivos, y no estuve a la altura.

La proyección prosigue y ahora me veo en París, pocos días después de hablar con Clara. Estoy en el apartamento, con Jacques. Hacemos un descanso de nuestro estudio, planificando lo que vamos a hacer el fin de semana. Suena el teléfono. Es Tanaka.

—Ángel, tenemos que hablar —comunica. No hay palabras más complicadas que esas—. Ha ocurrido algo muy grave. Clara ha tenido un accidente. —Tanaka hace una pequeña pausa—. No ha sobrevivido.

Me veo enmudecer primero y desmayarme después. Jacques habla con Tanaka y llama a una ambulancia. Me despierto en el hospital, Jacques está conmigo. Soy incapaz de decir nada. Imagino que Tanaka se lo habrá contado, pero yo permanezco en silencio, incapaz de hablar con mi amigo.

Noto las lágrimas en mis ojos. La película sigue avanzando en el rostro de Vasiliev. Ahora estoy en el funeral de Clara y veo a los asistentes. Escucho una voz de fondo alabando a mi hermana. Es la voz de Tanaka:

—Clara era una mujer valiente. Su talento y su compromiso con el mundo y con las personas eran enormes, y deja una gran huella en todos nosotros.

Echo un vistazo a mi alrededor. Somos muy pocos, es un funeral muy íntimo. Apenas conozco a nadie, casi todos son compañeros de mi hermana y de Tanaka, pero veo a alguien en segunda fila que me llama la atención: ¡es Vasiliev! Está allí, con nosotros, integrado entre la gente, en un segundo plano, asistiendo al funeral. Pero ¿será un recuerdo real o inducido por él o por mí mismo? Mi sensación es que todo sucedió, aunque a él se le ve exactamente igual que ahora. Físicamente no ha cambiado, aunque por otro lado apenas han pasado cinco años, que no es tanto tiempo para alguien de su edad. La escena del funeral continúa. Ahora Vasiliev viene a darme el pésame. Se acerca a mi oído y me habla en voz baja y pausada.

—No te preocupes, Ángel, la muerte no siempre es el final. Te acompaño en el sentimiento. —Y apoya su mano en mi hombro por unos segundos.

—Gracias —le contesto, abrumado por los acontecimientos.

Se me pone la piel de gallina. Tengo la sensación de que es un recuerdo real, de que aquello ocurrió así.

Por un momento, es como si el visionado se detuviera. Estoy con los ojos abiertos, pero no veo nada: ni la película ni a Vasiliev. Noto como si algo se estuviera recolocando en mi mente. Es como si el doctor estuviera modelando y reordenando cada una de las piezas del complejo rompecabezas de mi cerebro para que todo vuelva a encajar.

Percibo un cambio enorme dentro de mí. Dicen que uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde. A veces hay que desprenderse

de mucho lastre para llegar a la esencia de uno mismo. Vasiliev sigue con su mirada ausente, pero ahora puedo ver sus ojos mientras todo se va ordenando en mi interior.

Parece que el doctor me ha ayudado a recordar los sucesos traumáticos de mi vida y, al mismo tiempo, al verlos desde fuera, en perspectiva, yo fuera capaz de comprenderme y de perdonarme. No sabría explicarlo, pero tengo la sensación de que algo importante en mi interior ha cambiado, de que mi cuerpo y mi alma fluyen al unísono, resonando afinados y empastados en un solo sonido, tan complejo como envolvente y perfecto. Percibo que me invade un estado inmejorable de plenitud y paz interior. Ya no voy contra el mundo, sino con él. De alguna manera, sé a ciencia cierta que Vasiliev me ha curado.

El doctor suelta mis manos con delicadeza y me sonrío con un gesto cómplice y comprensivo. Su mirada cobra vida y vuelve a ser suya.

El reloj marca una hora imposible: las siete y once. Apenas han pasado cinco minutos desde que estreché mis manos. No puede ser. Mi sensación es de haber estado varias horas visionando mi propia vida.

—¿Has visto, Ángel? Vuelves a sonreír como hace años.

En efecto, siento una felicidad interna y percibo mi propio bienestar y la sonrisa que proyecta. Me quedo pensativo. ¿Cuánto tiempo hace que el doctor me conoce?

—Gracias, doctor. Siento que me ha curado. No sé cómo podré agradecerse.

—No hay de qué, Ángel. Ya te dije que tu victoria es mi victoria. Se lo debía a tus padres.

—¿También los conoció?

—Tus padres y yo éramos grandes amigos. Hoy he saldado algunas cuentas morales que tenía con ellos.

—¿Y por qué nunca lo conocí? No le recuerdo.

—Bueno, es complicado. Teníamos una amistad muy especial, una amistad compleja.



—Estuvo en el funeral de mi hermana, ¿verdad? Lo he visto.

—Ángel, ¿cómo sabes que todo lo que acabas de ver es real?

—¿No lo es?

—No es algo tan importante. Hasta hace un momento, pensabas que no había acudido, y ahora, en un instante, tu recuerdo parece haber cambiado. La realidad es compleja, Ángel —me explica—. Mucho más de lo que imaginas. Te diré algo: en la vida es tan importante saber formular las preguntas correctas como saber callar las preguntas que uno no debe hacer. No es importante si yo estuve o no en el funeral, lo importante es cómo te sientas tú después de la sesión. No trates de comprenderlo, eso sería un error. Siempre se te van a escapar detalles que están fuera de tu control. Acepta este regalo tal y como te ha venido. Estoy seguro de que te va a abrir las puertas a una vida plena. —Vasiliev hace una breve pausa y me mira como si dudara en darme más explicaciones—. Sí, estuve en el funeral de Clara y te di el pésame, pero, créeme, eso no importa. Me hubiera gustado poder ayudarte antes, pero ya sabes que en la vida casi siempre estamos atados de pies y manos y no siempre podemos obrar como nos gustaría.

—Gracias, doctor. Nunca olvidaré lo que acaba de hacer por mí. Pero ¿cómo lo ha hecho?, ¿quién es usted?, ¿por qué era amigo de mis padres? —pregunto, y veo cómo el gesto de Vasiliev se hace cada vez más distante y hermético.

—Ángel, no puedo contarte nada más. Te he puesto la felicidad en bandeja. En unos días yo seré para ti como un sueño que no sabrás si ha ocurrido de verdad, pero disfrutarás de una vida plena. Te lo mereces. Sigue tu camino y no mires atrás.

Yo asiento cabizbajo. Es verdad que Vasiliev me acaba de mostrar el camino de mi felicidad, y yo sería un necio si no supiera aprovecharlo. Sea lo que sea lo que ha ocurrido aquí, puedo vivir sin saberlo. Ya me lo dijo Jacques también, que no quería saber lo que realmente sucedió en la sesión de Béatrice.

—Muchas gracias, doctor, estoy seguro de que fue un gran amigo de mis padres. —Vasiliev hace un breve gesto con la cara, como si la emoción le hubiera podido por un momento.

—Cúidate, Ángel —responde—. Te deseo lo mejor.

Salgo del piso. Paulo me observa en una mezcla de complicidad y curiosidad, como si de alguna forma hubiera bajado la guardia y se hubiera desprendido de ese halo de seriedad.

—Es bueno el doctor, ¿verdad?

—Es increíble, pero ¿qué ha sido esto? ¿Ha sido real? —digo a Paulo con la cabeza erguida, como un niño pequeño que buscara una recompensa de su padre.

—¿Real? —Paulo suelta una carcajada breve pero intensa y vuelve a abrir el periódico, negando con la cabeza—. La realidad está sobrevalorada, Ángel. Hasta pronto —me dice con una media sonrisa, concentrándose enseguida en su lectura.

Bajo las escaleras flotando, libre de cargas, de ataduras y de pesar, como si alguien hubiera cortado los grilletes de una cadena a la que ya me había llegado a resignar. Es increíble lo complejos que parecen algunos problemas cuando estamos viviendo en medio de ellos y cómo se diluyen hasta quedar en nada cuando nos alejamos y los observamos con perspectiva. Apenas acabo de salir por el portal a la calle y no hay ni rastro de la ansiedad. Me parece que llevo una eternidad sintiéndome bien. Experimento las cosas de otra forma, como si llevara puesto un filtro en mi percepción o, más bien, como si me hubieran quitado un velo que no me dejara ser yo mismo. La calle, la gente, los colores, los sonidos, el aire, la luz, los olores, todo es más real, más intenso, más auténtico. Tras muchos años de sufrimiento y de no ver la salida, por fin me siento en calma conmigo y sé que puedo ser yo mismo otra vez. Camino libre por una ciudad que vuelve a estar viva para mí, una ciudad a la que quiero y que me acoge de nuevo.

Llego caminando al parque del Retiro. Hace una tarde preciosa. Veo a los niños jugar, a varios ancianos que pasean, gente de todo

tipo, varios grupos de jóvenes haciendo actividades al aire libre, reuniones de amigos charlando en el césped, parejas abrazándose, mucha gente corriendo, patinando o simplemente disfrutando de la belleza y la naturaleza del lugar. No hay ni rastro de la taquicardia, de los sudores o de la agonía. La ansiedad ha desaparecido, y estoy seguro de que no va a volver. Veo un mundo nuevo de posibilidades para mí. Siempre ha estado ahí, pero hacía mucho tiempo que ya no podía ni tan siquiera intuirlo.



# 52



Me despierto recordando lo que viví ayer durante la sesión con el doctor Vasiliev: todo lo inexplicable que ocurrió con la moneda, la tremenda relajación que sentí, cómo Vasiliev entró en mis recuerdos y puso orden en mi mente, su presencia en el funeral de mis padres... Sé que lo que ocurrió fue real, pero también sé que pasaron cosas que nunca llegaría a creerme si no las hubiera experimentado en primera persona. La única explicación que encuentro es que tuvo que ocurrir algo que me indujera un estado mental en el que mi percepción cambiara. Toda esa relajación no era normal. ¿Y lo que noté cuando Paulo me estrechó la mano? Esa especie de pinchazo podría ser la explicación. Tal vez me drogara, inoculándome alguna sustancia a través de la palma de mi mano. Esa droga me relajó y me liberó para desbloquear mi mente. Y todo lo demás se explicaría a través de las alucinaciones que podría haber sufrido. Eso tendría sentido, pero lo cierto es que me da un poco igual el método que Vasiliev haya utilizado para sanarme. Lo importante es que vuelvo a ser yo mismo y, además, con la sabiduría de todo lo que me ha ocurrido estos años y durante la sesión. Lo que no puedo parar de preguntarme es la relación de Vasiliev con mi familia. ¿Por qué era amigo de mis padres? Y ¿cómo se enteró del funeral de mi hermana? Clara falleció en un incendio en la nave donde investigaba para conseguir reducir las emisiones. Vasiliev debía estar siguiéndonos la pista de alguna manera.

Decido continuar disfrutando de mi nuevo estado. Ayer estuve horas paseando por el Retiro, sin ningún temor, sintiéndome bien. Hoy voy a desayunar en la calle. Parece algo insignificante, pero para mí es muy importante, porque llevo años sin hacerlo. Salgo del portal de mi casa sin ningún problema y camino con calma hacia el auditorio. Noto que mi paz interior se proyecta hacia fuera. Estoy de buen humor, me siento muy bien. Cada vez tengo más claro que quiero ver a Vasiliev y pedirle explicaciones. Ayer dijo que había saldado una cuenta pendiente con mis padres. Tal vez tenga que saldar otra conmigo, y se lo voy a hacer saber. De camino al auditorio, entro en una de tantas cafeterías de Madrid. Elijo una de las que están más abarrotadas. Echaba de menos el trasiego de la gente desayunando, el tintineo de las cucharillas removiendo las tazas, y el olor a pan tostado y a café. Disfruto del ritual: extender la mantequilla y la mermelada, disolver el azúcar en el café, degustar el zumo de naranja sorbo a sorbo, mirar a mi alrededor, escuchar las conversaciones del día a día de la gente. Es un sabor único, el de la libertad, un aroma que nunca valoramos tanto como cuando lo recuperamos después de haberlo perdido.

Termino el desayuno sin prisa, recreándome en cada bocado. Cargo el violín y camino hacia el ensayo. Voy sereno y disfruto de cada paso. Siento mi mente límpida, cristalina. La paz y la armonía que me regaló el doctor perduran en mi interior. Es gratificante haber recuperado el deseo por vivir que había perdido. Un sentimiento se va adueñando poco a poco de mí. Pienso en Marta. Tengo muchas ganas de estar con ella, de sentirla cerca en el atril, de escuchar su voz, de oler su perfume, de compartir su sonrisa, de sentir su mirada. Hablaré con ella, tal vez podamos quedar y hacer algo juntos. O tal vez no quiera. Quizás sea demasiado tarde para nosotros, pero lo voy a intentar. Visualizo un plan que pueda apetecerle..., tal vez ir a tomar algo a algún sitio con buena música... Lo cierto es que no importa el plan si la compañía es la adecuada. Improvisaré, si hace falta.

Llego al auditorio con paso lento pero firme, disfrutando de cada metro que recorro por las calles y las avenidas de Madrid. Nunca encontré lo cotidiano tan apasionante. Al entrar al escenario, veo que toda la orquesta está ya lista para el ensayo. Me cruzo con Toni, que está preparando su trompeta.

—¡Hombre, Ángel! Por fin llegas. Solo me faltas tú por confirmar. Por cierto, ¡te veo muy bien! —dice radiografiándome con su mirada, desplegando su sonrisa pícaro—. Oye, entre nosotros —prosigue bajando por un momento el tono de su voz—, ¡tú has *foliao!* Te lo noto, tengo un radar para esas cosas. —Hace una pequeña pausa y arquea sus pobladas cejas—. ¿Verdad que sí?, ja, ja, ja. —Ahora sus carcajadas se escuchan en todo el escenario y acaba de volverse hacia nosotros más de la mitad de la orquesta. No digo nada. Solo pongo cara de incredulidad y circunstancias—. Bueno, a lo que iba, el domingo, la fiesta. No te escaquees. Te quiero allí a las ocho y media. Y ya sabes, nada serio, solo va a haber un *DJ*, un humorista famoso, algo de langosta para comer..., en fin, lo normal... —Sonríe—. Ah, y no hace falta que traigas nada. En todo caso, un buen rioja, ¡pero de los caros, ja, ja, ja, ja! —Su carcajada vuelve a inundar el Auditorio Nacional.

—Claro, cuenta conmigo. Creo que tengo un tetrabrik de vino blanco de cocinar. ¡Eh, pero de los buenos! Lo llevaré antes de que se eche a perder.

—Ah, ja, ja, ja, este es mi chico. —Rodea mi hombro con su brazo y me acompaña hacia mi sitio. Antes de llegar, vuelve a bajar el tono—. Oye, te paso la dirección, y tráete a tu amiguita, si quieres, o a Marta, ja, ja, ja. —Y se aleja hacia su silla a carcajada limpia mirando a su alrededor, como queriendo comprobar si ha proyectado bien su risa para su público. Algunos compañeros lo miran. Él se exhibe como un pavo real que quisiera seducir a toda la orquesta a la vez. Es todo un *showman*, con y sin la trompeta. Lo lleva en la sangre—. ¡¡Ángel —grita desde su sitio—, lo necesitabas!! —Levanta el pulgar y me guiña el ojo.

Por una vez, me apetece ir a la fiesta y compartir un buen rato con mis compañeros. Ya es hora de recuperar mi vida social.

Miro hacia mi atril y veo una voluminosa melena castaña que acaricia unos delicados y esbeltos hombros. Según me acerco, Marta parece sentir mi presencia. Conectamos nuestras miradas. Sus expresivos ojos verdes parecen alegrarse al verme aparecer.

—¡Hola! —saluda cargada de alegría—, qué buen aspecto tienes hoy, Ángel. ¿Qué ha pasado? Dime, ¿cuál es el secreto? Has ido al médico, ¿a que sí? No, espera. Estás viendo a un *coach*. —Me siento en mi silla, muy cerca de ella. Reconozco su perfume, más profundo que en cualquier otra ocasión. Llega directo a mi interior. Y entonces lo veo todo más claro que nunca. ¿Cómo he podido estar tan ciego todo este tiempo?

—Buenos días —sonríó mientras improviso un golpe maestro. Pienso las palabras en mi mente y las pronuncio sin miedo—. ¿Mi secreto? —prosigo mientras clavo mi mirada en la suya—. Muy fácil. Hoy me he levantado pensando en ti y en lo tonto que he sido todo este tiempo. —A Marta se le ilumina la mirada aún más—. Y en que podíamos ir a tomar algo este fin de semana. He imaginado que tal vez vendrías conmigo y se me ha alegrado el día. —No le quito ojo. Sé que le han gustado mis palabras—. ¿Te apetece? —concluyo con seguridad, sin margen de duda. Su expresión muestra que va a aceptar mi invitación. Luego, asiente con la cabeza anticipando su respuesta.

—Claro que me apetece..., ¡tonto! —Compartimos una sonrisa casi pactada, en silencio, como si supiéramos que ya es mejor no añadir nada más, porque todo está dicho.

Greenaway está ya en el escenario. Ni lo hemos visto llegar.

—Buenos días. Hoy tenemos mucho trabajo —afirma.

«¿Será Vasiliev el psicólogo de Greenaway? Tal vez haya llegado tan lejos en su carrera gracias a su ayuda, a tener la mente al cien por cien», pienso.



Comienzan a sonar los primeros acordes de la Sinfonía n.º 2, *Resurrección*, de Mahler. Marta se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa muy especial.

Empiezo a acostumbrarme a mi nuevo yo. Disfruto mi felicidad como si pudiera esfumarse en cualquier momento. Siento un profundo agradecimiento hacia el doctor Vasiliev. Después de todo, es el máximo responsable de mi renacimiento. Sin duda, es lo mejor que nadie ha hecho por mí. Estoy completamente en deuda con él.



# 60



Tras finalizar el ensayo, intercambio unas palabras con algunos compañeros de la orquesta. Avanzo por el pasillo junto a Paco, chelista, y David, uno de los flautistas. Reímos distendidamente por un cotilleo que nos está contando Paco de la urbanización en la que vive: han pillado al conserje liado con la mujer del presidente de la comunidad. Otra vecina los vio desde su terraza.

Unos cálidos rayos de sol me reciben a la salida del auditorio. La piel de mi rostro se siente bien y comienzo a caminar por la acera, disfrutando cada paso, absorbiendo las sensaciones agradables, sin rastro de ansiedad y disfrutando de la paz conmigo mismo. Hace mucho calor, pero no me importa. Apenas han pasado unas horas desde la sesión y ya he puesto tierra de por medio con mi vida anterior. El cerebro humano tiene una gran plasticidad para amoldarse a los cambios positivos. Ahora lo veo todo con un poco más de perspectiva. A veces se nos escapa la vida y no nos damos cuenta, o sí somos conscientes, pero somos incapaces de cambiar el curso de los acontecimientos y solo alcanzamos a lamentarnos. Llevo conmigo a Vasiliev, sigue en mi retina. No dejo de pensar en todo lo que vi proyectado en sus ojos, así como en la relación que pudo tener con mis padres. La imagen de él asistiendo al funeral de Clara, oculto en un segundo plano, y las palabras que me dedicó, vienen a mí una y otra vez. Y, sobre todo, pienso en todo lo que no me ha querido contar

durante la sesión. Primero, la muerte de mis padres; luego, la llegada de Tanaka y el Stradivarius; después, la muerte de mi hermana, justo cuando su investigación despegaba, y ahora todo lo que ha ocurrido en la sesión con Vasiliev. Parecen demasiadas casualidades y tengo muchas preguntas. Es como si la realidad se estuviera expandiendo delante de mis ojos a un ritmo frenético y una semilla de algo que aún desconozco estuviera germinando en mí. Necesito ver a Vasiliev otra vez, es preciso saber más. La sesión ha sido, sin duda, lo más extraño que me ha ocurrido en la vida, pero es como si mi mente encontrara cierta coherencia en esos sucesos. Tengo la sensación de haber vivido una vida que alguien hubiera manipulado en los últimos años y, ahora que me siento tan bien, es el momento de encontrar las respuestas que siempre he buscado.

Sin darme cuenta, en lugar de volver a mi apartamento, he ido caminando hacia el piso donde Vasiliev me trató. Está claro que algo muy poderoso dentro de mí necesita volver a verlo. Unas calles antes de llegar, me detengo frente a un curioso escaparate donde hay cuadros, esculturas y todo tipo de antigüedades y objetos inclasificables. Me llama la atención un reloj de pulsera de diseño muy original. Una bola en relieve parece marcar la hora en una especie de esfera táctil. Entro en la tienda. Vasiliev parece un hombre con mucho estilo, y me gustaría acertar con un regalo que pueda gustarle. Será una forma de agradecerle lo que ha hecho por mí. Solo tengo que encontrar el detalle adecuado. Descarto un catalejo muy bonito, de madera y bronce. Todavía no tengo claro si el doctor es realmente ciego, pero no puedo arriesgarme a llevarle algo así, sería de muy mala educación. Dudo en regalarle una exquisita caja de música, pero al final me intereso por el reloj del escaparate, que creo que puede ser un regalo original.

—¿Es un reloj táctil? —le pregunto al dependiente.

—Sí. Es un reloj especialmente pensado para invidentes. Se puede saber la hora con el tacto. Es el braille de los relojes. Se trata de un

ejemplar muy difícil de conseguir, fabricado en Suiza a mediados de los años 70. Mecánica automática y garantía de cien años. Lo dejaron de fabricar porque no se vendían muchos debido a su elevado precio, pero es una maravilla de máquina. La garantía ya no vale, porque la empresa quebró, pero ya casi no se fabrican objetos así, pensados para durar, sin fecha de caducidad preestablecida.

—Es muy original. ¿Cuánto vale?

—1100 euros. Una ganga. Aquí, en España, la gente no valora estas cosas —afirma el vendedor desplegando todo su oficio, con un acento que bien podría ser italiano—. Tú tienes criterio, hijo. Te lo dejaría en 950 si te lo llevas ahora —propone para asegurar la venta.

—De acuerdo. Envuélvame, por favor, es un regalo. —Me sorprende haber decidido una compra tan cara sin casi pensármelo, pero ahora mismo Vasiliev ha pasado a ser el centro de mi existencia.

—Ah..., debe ser para alguien muy especial...

—No se imagina cuánto —le contesto recordando todo lo que el doctor ha hecho por mí.

—Estupendo, le va a encantar —afirma complacido mientras me acerca el datáfono para el pago con tarjeta.

Regalo en mano, decido aventurarme a buscar al doctor en su improvisada consulta, cruzando los dedos para que esté todavía allí. Camino a paso rápido, en pocos minutos llego al portal. Hoy el portero está de pie, en la puerta, y parece de mejor humor. Le saludo, él me devuelve el gesto con amabilidad y me pregunta a qué piso voy. Me dirijo al ascensor, abro la puerta metálica, que emite un ligero chirrido, y pulso el piso de Vasiliev. Conforme el ascensor asciende, reconozco la silueta de Paulo, en la misma pose que el otro día, impasible, con el periódico en la mano. Él ha debido verme antes que yo.

—Buenos tardes, Ángel. No te esperábamos —me dice, pero, por algún motivo, su expresión me transmite todo lo contrario.

—Hola, Paulo. ¿Está ocupado el doctor? Le traigo un regalo. Ya sabes, como agradecimiento.

—El doctor no está, ha salido.

—No te creo —replico, como si se me escaparan las palabras de la boca sin pensarlas, sin filtro alguno, intuyendo que, si Paulo está ahí, Vasiliev también estará. Él tuerce el gesto y sube los hombros, como diciendo «eso es lo que hay». Parece querer despacharme pronto.

—¡¡Paulo!! —Oímos un grito desgarrador tras un estruendo de cristales rotos.

Es la voz de Vasiliev. El guardaespaldas suelta el periódico al mismo tiempo que corre hacia la puerta y desenfunda una especie de pistola que no parece un arma real: es de madera y con una forma que nunca había visto. Sin saber muy bien lo que hacer, le sigo y al atravesar la vivienda vemos cómo Vasiliev está desplomado en el sillón, bocarriba, sangrando a borbotones por el cuello, luchando por mantenerse con vida. Un tipo delgado y rápido, que no creo que mida más de uno sesenta, camuflado bajo la capucha de una sudadera oscura, corre hacia la ventana. Acaba de cortarle el cuello a Vasiliev. Paulo apenas logra encañonarle un instante y disparar una ráfaga de disparos que suenan amortiguados, pero que han atravesado la pared contigua a la ventana como si fuera mantequilla, convirtiéndola en un auténtico queso gruyer. Sin perder un instante me acerco a Vasiliev, que está inmóvil y parece ya sin vida.

—Maldita sea. ¡Bastardo! —Paulo se asoma por lo que queda de ventana y mira hacia abajo dudando en disparar. Finalmente, desiste resignado. Se acerca hasta nosotros y le pone la mano en el cuello—. No tiene pulso —afirma con mucha tranquilidad mientras coge su teléfono móvil—. ¡Emergencia 03, repito, emergencia 03! —exclama.

Paulo sujeta ahora el teléfono entre su hombro y su cabeza, y busca una especie de jeringuilla del bolsillo interior de su chaqueta. Sin demora, la clava con fuerza en el pecho de Vasiliev, pero no se aprecia ninguna reacción, el cuerpo del doctor está completamente

inerte y hay demasiada sangre a su alrededor. Tras una breve pausa, se dirige a mí.

—¡Ángel, tienes que irte!, ¡ya! Estamos todos en peligro. Pronto llegará la policía y no deben verte aquí. —Paulo desenfunda otra pistola de debajo de su chaqueta. Esta vez es una pistola normal, metálica, como las que he visto en muchas películas—. ¿Sabes disparar?

—No —contesto raudo. No quiero saber nada al respecto, no me gustan las armas.

—Es muy fácil. Mira, fíjate, mueves esta aleta para este lado y ya estaría quitado el seguro. Apuntas y ¡bang! Llévatela. El asesino te ha visto la cara, y nunca se sabe. Podría salvarte la vida. Sobre todo, no dudes. Piensa que si decides disparar será por algo. Que no te tiemble el pulso.

—Vale —le digo, aunque tengo la certeza de que no voy a disparar a nadie.

A pesar de que no quiero llevarme el arma, creo que no puedo negarme. Trato de esconderla con rapidez, sin tener ni idea de dónde. Miro a Paulo en busca de ayuda. Me sorprende su entereza después de lo que acaba de ocurrir. La estampa de Vasiliev sin vida es dantesca.

—Guárdala debajo del pantalón. Date prisa y ve con cuidado.

—¿Quién era, lo conocías?

—¡Largo! —ordena Paulo mirando su reloj.

Comienzo mi huida en una mezcla de valentía y precaución. La adrenalina ha despertado en mí instintos adormecidos que no sabía que me pertenecían. Bajo trotando las escaleras. En mitad del trayecto, me cruzo con el portero, que está llamando a la policía desde su teléfono móvil.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta alterado.

—Ni idea, ¿por qué?

—Parece que ha habido disparos.

—No he oído nada —respondo, mintiendo lo mejor que sé, sin dejar de descender.

Ya en la planta baja, veo las luces de una ambulancia a través de la puerta y se escucha el ruido de sirenas acercándose. Varios sanitarios acceden al portal con una camilla y diverso material sanitario. Nos cruzamos y todos me dedican una mirada que percibo extraña. Nadie dice nada. Yo tampoco. «Tal vez sea mi propia adrenalina, que me hace ver las cosas algo distorsionadas», pienso, porque tengo la sensación de que me conocen. Veo que un coche policial ya está llegando y me alejo caminando en la dirección contraria. A los pocos metros, giro la cabeza. El individuo con la capucha oscura parece seguirme, nos hemos cruzado la mirada y dudo que pueda ser casualidad. El tipo está todavía lejos de mí, pero camina a paso muy rápido. Pienso un plan de huida, tengo que escapar lo antes posible, aunque me estorba el violín a la espalda, y la pistola, que ni por un momento me planteo desenfundar. No es tan fácil matar a alguien, ni siquiera cuando sabes que tu propia vida está en peligro.

Veo entonces a un repartidor que está dejando al borde de la calle su bicicleta. Sin apenas pensarlo, le empujo con fuerza para hacerle caer y me subo en ella. «¡Lo siento, ¡te la devolveré!», le grito mientras empiezo a pedalear con todas mis ganas, incorporándome sobre el sillín, pero apenas acelera, al ser pesada y llevar una marcha demasiado larga. Tengo la impresión de que la he cagado, de que he elegido la peor de las opciones para escapar. Giro la cabeza todo lo que puedo, tratando de no perder el equilibrio, muerto de miedo, como si temiera lo peor, y veo cómo el sicario se ha detenido y sigue lejos de mí, pero está desenfundando lo que parece una pistola con un cañón muy largo. No puedo dejar de mirar, solo veo el cañón del arma apuntándome y ya intuyo las balas viniendo a arrebatarme la vida.

En un instante de lucidez, decido lanzarme al suelo, saltar de la bicicleta para intentar esquivar los disparos. Justo antes de hacerlo, veo cómo una figura femenina de melena larga y pelirroja, vestida de negro, se abalanza de un salto sobre el sicario como si fuera una pantera. La mujer realiza un movimiento rapidísimo con su brazo y



distingo claramente unos destellos que deben salir de la hoja de un delgado cuchillo. En décimas de segundo, ella aterriza en el suelo con elegancia, sin llegar a caerse, como una campeona de gimnasia que acabara de clavar su mejor ejercicio. La mujer se marcha corriendo, no sin antes dedicarme una fugaz mirada, pero no me da tiempo a distinguir sus facciones con claridad. Mientras, el encapuchado cae desplomado de rodillas sobre la acera, se lleva una de sus manos hacia el cuello y dispara una ráfaga al aire con la pistola. Son sus últimos coletazos de vida.

Nunca entenderé cómo la adrenalina puede hacer que unos segundos se conviertan en horas. De repente, siento un impacto tremendo. Acabo de chocar la bicicleta contra algo y me he estampado contra el pavimento. Demasiados segundos sin mirar para adelante. Por suerte, no he perdido el conocimiento. Con un gran esfuerzo y dolorido, me levanto, sabiendo que debo salir de allí. La pistola se me ha caído al suelo. Algunos viandantes, incluido el dueño de la bicicleta, me miran con pánico. Recojo el arma y vuelvo a montarme en la bicicleta. A esas alturas, la calle es ya un caos, se oyen gritos y veo gente corriendo en todas direcciones y mucha policía. Está cundiendo el pánico por el temor a un ataque terrorista, como los que ha habido hace pocos días en otros países europeos.

Me alejo del lugar pedaleando con todas mis fuerzas, con el corazón en un puño y mi cabeza a punto de explotar por todo lo que acabo de vivir. No paro de temblar, y mi instinto de supervivencia me hace ser precavido. Vigilo que nadie me siga. Tampoco la policía. Ahora mismo soy un objetivo, pero también sospechoso de un atentado. ¿Quién ha podido hacerle algo así a Vasiliev? ¿Y por qué? ¿Y quién me ha salvado la vida de esa manera? Me parece estar viviendo dentro de una película o un videojuego. Ahora que me siento más vivo que nunca, he estado a punto de morir.

Intento borrar mis huellas del manillar de la bicicleta con un pañuelo antes de abandonarla en un callejón apartado. Estoy cerca de

casa. Camino con naturalidad y disimulo, comprobando todavía que nadie me siga. Enseguida llego a mi apartamento. Estoy a salvo, pero sigo nervioso. Tengo la necesidad de contarle a alguien lo que ha pasado. A Marta, sobre todo. Pero lo pienso mejor: no debo involucrarla en algo así. Trato de tranquilizarme. «He de mantener la calma», me digo.

Busco en internet alguna noticia de lo que ha ocurrido esta tarde. Espero no ver mi rostro en la televisión como sospechoso de un atentado. Con un poco de suerte, ninguna cámara me habrá grabado pistola en mano. Encuentro una noticia de última hora en la que hablan de un ataque en el centro de Madrid, con un fallecido por arma blanca de unos treinta años. Se desconoce el motivo, según informan, pero se cree que ha podido ser un ajuste de cuentas entre bandas del narcotráfico. Ni rastro de Vasiliev en las noticias, como si se lo hubiera tragado la tierra. Acabo de perder al hombre que más me ha ayudado en toda mi vida. Noto mucha impotencia y algunas lágrimas salen de mis ojos. Ahora no podré saber más sobre la muerte de mis padres y lo que ocurrió en aquel accidente. Tal vez él habría podido explicarme también algo más sobre el incendio en el que murió Clara. Ahora ya es demasiado tarde.